

# LA VUELTA DE LOS DÍAS

## LA MUERTE DE ANDREI SAJAROV

AMBER BOUSOGLU Y ALAIN JACOB

*Contra lo que hubiéramos esperado, la breve nota de Julián Meza sobre la muerte de Andrei Sajarov publicada en el número anterior de Vuelta resultó excepcional en medio del silencio casi unánime de la prensa mexicana —que malamente se limitó a dar la*

*noticia antes de cambiar de tema— y, como nos escribe Jean Meyer en una carta de agradecimiento, "vino a salvar nuestro honor". Es el mismo Jean Meyer quien ha preparado para nosotros el siguiente dossier, que conforma, nos parece, un retrato vivo*

*de la personalidad del físico soviético y muestra con claridad por qué podemos considerarlo una de las figuras decisivas de nuestro siglo. Las siguientes páginas se suman además a las que, desde aquel Plural, hemos dedicado antes a Andrei Sajarov.*

6 POR SU AMOR a la verdad, su enorme confianza en la inviolabilidad de la persona humana, su lucha contra la violencia y la brutalidad, su valerosa defensa de la libertad del espíritu, su falta de egoísmo y sus sólidas convicciones humanitarias, Sajarov se ha convertido en ese portavoz de la conciencia de la humanidad que tanta falta le hace al mundo", proclamaba el Comité de Oslo al concederle el premio Nobel de la paz al físico soviético en octubre de 1975. Y en condiciones cada vez más difíciles, casi inhumanas, él proseguiría su lucha.

Lampión el rostro de un óvalo puro, Andrei Dmitrievich tiene, bajo una gran frente despejada, ojos de un azul deslavado con una mirada impregnada de bondad. La voz suave, la manera de hablar un poco gutural, tiene a veces ese aire infantil, esa timidez que con frecuencia muestran los grandes sabios.

Su vida parece enteramente trazada desde el comienzo. Nace el 21 de mayo de 1921 en Moscú, en la familia burguesa de un profesor de física. Su tío es el gran genetista Nicolás Vavilov, al que Stalin hará morir en un campo de concentración. Luego de cuatro años de estudios en la Universidad de Moscú, las autoridades lo envían en 1942 no al frente sino, ya que es ingeniero, a una fábrica de armamento en la que ya se hace notar por varios inventos. Después de la guerra, prepara su doctorado bajo la dirección de Igor Tamm, quien recibiría el premio Nobel de física en 1958.

En noviembre de 1947 es asignado —acaba de recibirse de doctor— a un equipo que trabaja en la bomba atómica. Reconocerá haber sido el autor de "varias ideas claves" en ese grupo, pero rehusará siempre el título que se le da en Occidente de "padre de la bomba H soviética". A partir de 1950, trabaja con Tamm en aplicaciones industriales de la energía atómica, pero sigue dependiendo del grupo de investigaciones militares puesto hasta

1953 bajo la tutela de Beria. El mismo año (en el que explota la primera bomba H soviética), a los 32, es elegido para la Academia de Ciencias de la URSS sin tener que pasar por la etapa tradicional de miembro correspondiente: es el académico más joven.

Desde 1958 manifiesta públicamente en *Pravda* su desacuerdo con las ideas de Nikita Jruschiov en materia de reforma de la enseñanza. Además, en una nota a "M.J." pide que la URSS renuncie a una serie de experiencias nucleares. No es escuchado. Reincide en vano en 1961 y en 1962. Sus ideas triunfan sin embargo en 1963 al firmarse el tratado de Moscú que prohíbe las experiencias nucleares en la atmósfera y en el mar.

Su actividad se politiza a partir de 1964: defiende en la Academia de Ciencias las tesis genéticas de Mendel, contra las elucubraciones nocivas de Lyssenko, y se liga en el curso de esa lucha con los hermanos Medvedev (Jaurés, el biólogo, al que contribuye a salvar de ser internado en un asilo, vive actualmente en Londres; Roy, el historiador, estuvo mucho tiempo en su alojamiento moscovita). Sajarov se interroga cada vez más sobre el régimen soviético y, en 1966, a la vista del vigésimo tercer congreso del PC, con otras personalidades científicas y artísticas, le reclama a Brezhnev una desestalinización más a fondo. No es extraño que poco después intervenga en favor de cuatro "pensadores libres" (no le gusta el término de disidente) en prisión: Guinzburg, Galanscov, Dobrovolski y Lachkova. Hace lo mismo luego del proceso por delito de opinión, el primero de su clase desde la muerte de Stalin, que se intenta contra los escritores Siniavski y Daniel.

En 1967, hace circular su primer samizdat, intitolado *Reflexiones sobre el progreso, la coexistencia pacífica y la libertad intelectual*. Reclama en él sobre todo una ruptura definitiva con las sobrevivencias del stalinismo y un estricto respeto de lo que llama los

derechos humanos. La publicación de ese texto en el extranjero le valdrá ser muy conocido. En 1968, la invasión de Checoslovaquia le hace perder toda esperanza de una liberación interna del régimen soviético. En 1970, con Roy Medvedev y el físico Valery Tuchin, en una carta a los dirigentes de su país, insiste en los estrangulamientos que sufre la sociedad soviética. Funda además con otros dos físicos, André Verdojlebov y Valeri Chalidzé, un comité para la defensa de los derechos humanos.

También había alzado la voz, en junio de 1964, para protestar contra la deportación de Soljenitsin. Esta solidaridad fundamental no le había impedido antes condenar el "nacionalismo gran ruso", el aislacionismo y el romanticismo patriarcal y religioso del autor del *Archipiélago Gulag*. Al denunciar su pasatismo, Sajarov estimaba que "la vía democrática es la mejor para cualquier país" y que "el espíritu eslavófilo, que ha existido durante siglos en Rusia, combinado con el desprecio del extranjero, de los otros pueblos y de las otras creencias, ha constituido el más grande de los errores y no la santidad de Rusia". La misma querrela desgarró todavía profundamente a los amigos de los dos hombres en el exilio.

Cuando recibe el premio Nobel de la paz en 1975, la propaganda oficial se desencadena contra él. Hace votos entonces por el advenimiento del "espíritu de tolerancia" en la URSS. Tiene, en esa época, una confianza quizá excesiva en la eficacia que podrían tener en la materia los acuerdos de Helsinki, firmados algunas semanas antes.

Luego, en *Mi país y el mundo* (aparecido en Seuil en 1975), esboza un cuadro sombrío de su patria: el sistema actual en la URSS "es un capitalismo de estado (...), que se distingue del capitalismo contemporáneo por la nacionalización completa de la economía, el poder absoluto del partido y del gobierno"

sobre los dominios fundamentales de la existencia. Ese sistema, él quiere cambiarlo, no destruirlo. Es un reformista convencido.

El divorcio con el poder queda entonces completamente consumado. Durante cinco años, Sajarov sigue batiéndose por los demás, cada vez más aislado por los arrestos, los internamientos abusivos en prisiones psiquiátricas y por la emigración de sus amigos. Algún tiempo después de la invasión de Afganistán por la URSS en diciembre de 1979 (que él critica), Andrei Sajarov es arrestado en una calle de Moscú, el 22 de enero de 1980. Se le retiran todos sus premios y sus condecoraciones. Sin proceso de ninguna clase, se le envía en confinamiento a 400 kilómetros de Moscú, en una ciudad prohibida a los extranjeros, Gorki. No tiene derecho a hablar por teléfono, a recibir visitas ni correo del extranjero (ni siquiera de su familia). Su mujer, Elena Bonner —su único lazo con el mundo— circula sin cesar entre el departamento moscovita de su madre, en el que ellos vivían antes, y Gorki.

Desde su traslado forzoso a Gorki, Sajarov dice que está "liso para un proceso público y abierto" y que rechaza "el exilio dorado". Mientras que el presidium de la Academia de Ciencias condena el comportamiento de Sajarov (sin excluirlo sin embargo de sus filas, sin duda por prudencia, para no crear un precedente), dieciséis intelectuales soviéticos tienen el valor de tomar su defensa. Recuerdan que el nombre de Sajarov "es sinónimo de nobleza, de valor y de humanidad. Como sabio célebre, pensador y ciudadano del mundo, encarna las mejores cualidades del espíritu nacional: bondad, sentido del sacrificio, participación en el sufrimiento de los demás, rechazo de la mentira y de la arbitrariedad".

Las provocaciones, los insultos, las vejaciones se multiplican. La señora Elena Bonner de Sajarov, inválida de guerra, es cardíaca como su marido. Sufre dos infartos seguidos. Entonces, puesto que, como él dice, "sin ella la vida no tiene ningún sentido", puesto que no tiene confianza en los médicos del país y puesto que sabe que a él no lo dejarán nunca

partir, Sajarov, a pesar de su estado de salud poco brillante, emprende, el 2 de mayo de 1984, una huelga de hambre para obtener que dejen a su mujer ir a curarse al extranjero.

Una capa de silencio cae entonces sobre los Sajarov. (La señora Craci queda confinada en su departamento por la policía, no hay nadie ya que vaya a Gorki.) Los "secretos militares" tras los cuales las autoridades del Kremlin se escudan para prohibir todo viaje al extranjero al físico son hechos a un lado después de mucho tiempo. Pero la estatura moral del hombre y su importancia son tales que se teme su influencia, en el interior del país lo mismo que en el exterior.

En junio de 1984 François Mitterrand tiene la audacia de tocar señaladamente el caso Sajarov en ocasión de una cena en el Kremlin en la que es invitado de Constantin Chernenko. No pasa nada y habrá que esperar al arribo de Mijail Gorbachov para que la puerta se entreabra muy ligeramente sobre los exiliados de Gorki. Con mucho malestar al principio, puesto que grabaciones de video transmitidas a Occidente —y que según parece — muestran a Andrei Sajarov recibiendo cuidados en un hospital, y luego paseando tranquilamente en compañía de su esposa por las orillas del Volga.

Mientras tanto, los vientos comienzan a cambiar y, en el otoño de 1985, Mijail Gorbachov no se ofusca cuando, durante una conferencia de prensa dada en el Eliseo al lado de François Mitterrand, se le hace una pregunta relativa al académico. Primer signo concreto de un cambio: la señora Elena Bonner es autorizada a dirigirse a los Estados Unidos para recibir ahí cuidados médicos mientras que su esposo vuelve a poder usar el teléfono. Si las condiciones de la estancia en Gorki parecen suavizarse, sigue tratándose de todos modos de un exilio.

Pero, en diciembre de 1986, hay un golpe de teatro: Moscú anuncia oficialmente, el 19, que Andrei Sajarov queda autorizado a volver a la capital. Tres días antes Mijail Gorbachov le ha telefonado personalmente para darle la noticia. A comienzos de diciembre,

otro célebre disidente, Anatoli Marchenko, había fallecido en prisión en condiciones obscuras. Correrá el rumor de que se ha querido evitar en el Kremlin que el premio Nobel de la paz sea expuesto al mismo riesgo...

Desde entonces, como quiera que sea, comienza para Andrei Sajarov una nueva carrera. Puesto que afirma, desde su regreso a Moscú, su intención de "seguir diciendo lo que piensa", en adelante podrá hacerlo a los cuatro vientos. Calurosamente acogido por sus colegas de la Academia de Ciencias, queda libre de dar entrevistas a quien quiera. Él mismo se dice "pasmado" por lo que le ocurre. Pero no han acabado las sorpresas, ya que, en febrero de 1987, él es uno de los participantes más eminentes en el muy oficial Foro internacional organizado en el Kremlin por Mijail Gorbachov y se lo verá, al comienzo, aplaudir el discurso pronunciado por el secretario general.

Fiel a su franqueza, Andrei Sajarov sigue diciendo lo que no funciona, se muestra inquieto ante las vacilaciones de la perestroika, a la que describe como un proceso "frágil" y "contradictorio". Una vez más vuelve a reclamar, a comienzos de 1988, la liberación de los prisioneros que en la URSS siguen detenidos por razones políticas. No cesa de clamar por una mayor democratización.

Pero se sienta a la misma mesa que el señor y la señora Gorbachov cuando son invitados a comer en Moscú del presidente Reagan, y una de sus últimas actividades será la fundación, en octubre de 1988, de un club "informal" destinado a sostener la acción del secretario general, un hombre en que le gustaba reconocer a "un eminente dirigente político", en quien fundaba sus esperanzas.

Consagración suprema de una plena y entera rehabilitación: electo al presidium de la Academia de Ciencias, en noviembre de 1988 es finalmente autorizado a viajar a un país occidental, los Estados Unidos, para asistir a una reunión del Fondo internacional para la sobrevivencia de la humanidad.

*Traducción de Aurelio Astian*

## UN VERDADERO DEMÓCRATA

JACQUES AMALRIC

**N**O TODAS LAS MUERTES tienen la misma importancia. La de Andrei Sajarov es particularmente trágica, ya que con este hombre encorvado, fatigado por años de lucha y de humillaciones, la Unión Soviética pierde un espécimen del que desgraciadamente no tiene muchos ejemplares: un verdadero demócrata. Si Soljenitsin es la concien-

cia histórico-religiosa de Rusia, Sajarov era de hecho la conciencia democrática de la Unión Soviética. Laico en el país de todos los oscurantismos, sin partido en el país del partido único, siempre libre de espíritu en el país del temor y del embrutecimiento, íntegro en el país de la corrupción y de los privilegios de toda clase, nunca cejó en sus convicciones.

Su testardez era sólo comparable a su dulzura y su amabilidad, su eterna disponibilidad. Quienes lo conocieron durante los años 70 en Moscú se acordarán siempre de su estrecho departamento atestado de carpetas, perpetuamente vigilado por varios milicianos, al que regularmente había que ir para enterarse de los últimos avatares de la represión:

judíos, tártaros, ortodoxos, armenios, checoslovacos... Porque Sajarov no hacía distinciones, a diferencia de tantos otros. No había en él ningún rasgo de espíritu "gran ruso", del menor chauvinismo. Defendía el derecho a la libertad de todos los hombres y soñaba con que su país se convirtiera en una verdadera democracia parlamentaria, luego de haber dado su libertad a los pueblos sometidos.

Pagó su lucha con más de 6 años de exilio; volvió de Gorki un poco más agotado, un poco más encorvado, la voz todavía más sorda, pero siempre igualmente clara. "Rehabilitado" por Gorbachov, habría podido gozar de una existencia tranquila, jugar al papel

de los grandes sacerdotes de un régimen en vía de modernización. Se rehusó: conocía demasiado bien a su país, sus bloqueos, los obstáculos que habría que franquear, los peligros por evitar, para creer ganada la partida. No fue pues el propagandista de la perestroika y de la glasnost, sobre las cuales abrigaba muchas dudas. Todavía menos fue el cantor de Gorbachov, al que juzgaba con una lúcida severidad. Sin llenarse de argumentos de oportunidad, prosiguió tranquilamente su lucha por una verdadera democracia: el sistema no era para él corregible, y detenerse a mitad del camino hubiera sido echar marcha atrás.

Hasta el último momento, Sajarov fue irre-

cuperable. Hizo rabiar hasta al mismo Mijail Gorbachov, y en varias ocasiones. La última vez, dos días antes de su muerte, en el parlamento soviético, a propósito de la abolición del "papel dirigente" del partido comunista. El enfrentamiento entre los dos hombres fue breve, pero estuvo lleno de enseñanzas. Por un lado había un viejo convencido y tenaz, símbolo del contrapoder. Por el otro, un hombre de poder, con frecuencia autoritario y excesivo, despreciativo. La escena no duró más que unos segundos, pero merece ser revisada y meditada. Es tan cierta como las imágenes de un Gorbachov bonachón y jovial en que hemos abrevado.

## ENTREVISTA CON ANDREI SAJAROV

JACQUES AMALRIC Y MICHEL TATU

*La siguiente entrevista fue hecha a Sajarov a fines de septiembre del año pasado. cuando*

• **QUÉ PIENSA DE** la situación en su país en lo que se refiere a las luchas entre las nacionalidades?

—Estoy de acuerdo con los bálticos: hay que cerrar un nuevo pacto federal, que reemplace al de 1922. Debemos renunciar también a tener entidades de distintas clases: repúblicas federadas, autónomas, regiones autónomas, etc. Hay que encontrar una estructura territorial que excluya la explotación y las desigualdades. Pero la situación más trágica es la del Alto Karabaj. El problema comenzó cuando esta región fue dada a Azerbaiján, en virtud de un acuerdo cínico que se proponía disminuir el peso político de los musulmanes, con Irán y Turquía en las proximidades. Apenas terminada la revolución, Moscú puso especial atención en los musulmanes, considerados como un trampolín de la revolución hacia el Oriente. Se ha sostenido al régimen de Atatürk en Turquía, y en el país se favorece a los musulmanes. La palabra "cristiano" no ha sido pronunciada durante decenas de años. Gorbachov mismo es proazerbaijánés.

Al principio el problema podría haberse arreglado en el marco administrativo y constitucional, sobre la base del derecho a la autodeterminación. Se ha dicho que el traslado a Armenia era contrario a la constitución, que prevía la inviolabilidad de las fronteras. Pero ese principio, en la constitución, es de hecho secundario respecto al principio de autodeterminación. Habría que haber acantonado, desde el comienzo, a tropas del ministerio del interior, lo que hubiera permitido tomar con calma una decisión.

Pero se perdió esa oportunidad. Asimismo, el régimen de administración especial por

do estuvo en París, invitado al congreso de la Sociedad Francesa de Física. Sajarov

Moscú del Alto Karabaj —una medida razonable— fue instituido a comienzos de 1989, cuando habría que haberlo puesto en acción desde el verano de 1988. Después, están los progroms, provocaciones contra los armenios. Y las pasiones se han levantado con las enormes manifestaciones de Baku. "El frente popular" que acaba de crearse en Azerbaiján es extremista.

La violencia ha sido simétrica, pero, para mí, no se trata de un problema entre dos repúblicas, sino de un problema de autodeterminación de la población del Alto Karabaj. El resto no son sino intrigas políticas y provocaciones. Hoy día la confrontación es extremadamente peligrosa. Cuando fui a la región después del terremoto de Armenia oí decir a los azeris: "Alá los ha castigado". Actualmente hay bloqueos en Armenia, detención de transportes; incluso se ha cortado el agua a los armenios de Karabaj. Hay además una amenaza que pesa muy particularmente sobre dos enclaves armenios situados en Azerbaiján fuera del Karabaj: el pueblo de Kamlak y el cantón Chaumianski. Y en Baku, los pocos armenios que quedan han visto sus casas incendiadas; hasta se niegan a recibirlos en los hospitales.

—¿Cómo juzga usted a Mijail Gorbachov?

—Dije en el Congreso, antes de que él fuera elegido presidente, que no veía alternativa a su dirección, pero que se debía discutir antes su programa y que el puesto que ocupa debería estar sujeto a elecciones directas. Como no fui escuchado, no participé en la votación. El problema de su papel es complejo. Por un lado, comprendo que es el iniciador de la perestroika y que era una

respuesta a diversas preguntas sobre la situación actual en la Unión Soviética.

necesidad histórica. Por el otro, veo que se conduce con mucha indecisión. No sólo a propósito de la política de las nacionalidades (en ocasión del último pleno consagrado a ese tema, de este mismo mes, se alineó con la derecha conservadora), sino también a propósito de lo demás. Da la impresión de que el verdadero cambio ha sido su llegada a la dirección. Exagero un poco, pero así es. ¿Es provisional, es una maniobra o es algo permanente? No lo sé. ¿Qué va a pasar mientras tanto? Su popularidad ha caído en un grado importante. Muchos se le oponen, pero nadie quiere a otro en su lugar. La opinión que tengo de él se ha degradado también en estos últimos tiempos. Como le dije a Yuri Afanasiev: "tiene que escoger: ser el líder de la perestroika o líder de la nomenklatura". Si escoge la primera opción su prestigio crecerá a mis ojos. Si la derecha vuelve al poder y Gorbachov renuncia a la perestroika, los conservadores no le creerán y no le perdonarán lo que ha hecho. Así que no puede cambiar de dirección. Pero sus vacilaciones nos inquietan. De todas maneras, a mi modo de ver, el peligro no es que Gorbachov sea destituido, sino que haga una política tal que nos sea indiferente saber si está ahí o no. Es algo así como el síndrome de Kosiaguin: no era importante saber si él estaba ahí o no, puesto que su política no tenía nada que ver con las ideas reformistas que le atribuíamos.

—¿Qué cuadro del país y del estado de las reformas puede usted trazar luego de cuatro años de perestroika?

—Nuestro país atraviesa una fase difícil y hasta crítica. El congreso de los diputados,

en mayo - junio de este año, ha trazado una raya sobre la primera etapa de la perestroika. Fue una gran escuela política: prácticamente todo el país lo presencié, gracias a la televisión. Hasta hubo gente que obtuvo permisos especiales por algunos días con el fin de no perderse nada. Para nosotros fue un acontecimiento histórico. Sabíamos muchas cosas, pero con frecuencia sólo una parte de la verdad, sin suponer a qué grado nos equivocábamos. El congreso ha permitido tener un cuadro completo. Marcó la caída de las ilusiones sobre la vía seguida durante decenas de años. Hemos comprendido, por ejemplo, que el sistema oficial de plena justicia social era una mentira: 40 millones de personas viven por debajo del umbral de la pobreza, con un ingreso inferior a 70 rublos al mes. Hemos comprendido también que estamos en el nivel máximo de explotación, en el sentido clásico marxista del término: solamente el 75% del ingreso nacional se dedica a la remuneración de la fuerza de trabajo. Hemos aprendido que más de la mitad de los hospitales rurales no tenían agua corriente —para no hablar del agua caliente— y que muchos más ni siquiera tienen sistema de desagüe. Hemos descubierto además el desastre ecológico, la tragedia del Mar de Aral, los perjuicios del monocultivo del algodón, la alta mortalidad infantil en Asia Central, etc. En realidad, las administraciones centrales no se ocupan más que de sus propios intereses. Cada una es extraterritorial y las autoridades locales son totalmente impotentes. Tomemos el ejemplo del Minvodjos, el ministerio encargado de las aguas, cuyo presupuesto es de 15 mil millones de rublos: entre un 2% y un 3% de ese presupuesto va a la irrigación; el resto sirve para financiar construcciones que le son necesarias, aunque costosas, y que justifican una estructura que comprende, nada más en los departamentos de estudios, a 60 mil personas.

—¿No ha habido un cambio en esas estructuras administrativas después de la constitución del nuevo gobierno este verano?

—No ha habido cambio. Nuestro sistema está constituido por administraciones, con la estructura paralela del partido. No quiere cambiar, y el nuevo gobierno no ha cambiado

nada. Recientemente Abalkin (vicepresidente encargado de la reforma económica) escribió que eso no podía cambiar hasta que el estado de la crisis hubiera sido superado. Es decir, no antes de 1991... El Soviet supremo tiene actualmente en su poder varios proyectos de ley: sobre la propiedad, sobre la reforma agraria, sobre las cooperativas, sobre la empresa socialista. No he tenido tiempo de estudiarlos en detalle pero a primera vista esos proyectos contienen elementos progresistas. Sin embargo, están diluidos en planteamientos vagos, reservas y matices. Los especialistas del grupo internacional del que formo parte dicen que no son satisfactorias. Incluso si lo fueran, por otro lado, serían ineficaces, puesto que implican un cambio de constitución que no ha ocurrido. Por el momento, entonces, lo más que hacemos es hablar. Las acciones, se nos dice, vendrán después. De la misma manera, el presupuesto para 1990 ha sido establecido según las prácticas antiguas. Aceptar ese presupuesto significa que no habrá cambio en 1990. Añadamos la deuda exterior, la desvalorización del rublo... Se nos dice que todos esos problemas económicos nos amenazan con una crisis política, un retorno al stalinismo. En realidad ya tenemos stalinismo.

—¿Puede usted hablarnos de ese grupo interregional de diputados reformadores del que forma parte?

—Es todavía frágil, está tratando de constituirse. Hizo su aparición en los primeros días del Congreso de los diputados. Cuando fue mencionado por primera vez en la tribuna Gorbachov se puso furioso por ese acontecimiento inesperado; hasta se nos cortaron los micrófonos para impedirnos hablar. El grupo se reunió sin mí, porque yo estaba en los Estados Unidos en esa época. Los miembros eligieron a cinco copresidentes: Gavriil Popov, el economista, Yuri Afanasiev, responsable de los archivos, el diputado Báltico Viktor Palm, Boris Eltsin y Sajarov. Luego hubo, en mi presencia, una reunión de organización que nos encargó encontrarnos con Lukianov (primer vicepresidente del Soviet supremo) para obtener su apoyo. Le pedimos tener nuestro periódico y una cuenta bancaria. Nos fue negado.

—¿Cuántos diputados hay en ese grupo?

—Alrededor de cuatrocientos (en total, el congreso cuenta con dos mil doscientos cincuenta diputados), pero no sabemos cuántos son los miembros activos ni en qué grado. No es un partido, apenas un grupo de gente que quiere debates libres en el congreso. Lo que sigue distinguiéndolo de un partido es que no se trata más que de un grupo de diputados, sin estructura, estatutos o programa. Por otro lado, no forzosamente es necesario ni útil. Además, los miembros están de acuerdo en algunas cosas importantes, pero no en todo. Es una fuerza política e intelectual, y no sabemos cómo vaya a evolucionar. El grupo se ha negado además a tener un presidente, lo que es estúpido; pero se hizo sin mí. Hay pues cinco copresidentes con el mismo poder.

—¿Qué piensa usted de la evolución en la Europa del Este?

—Lo que está pasando en Polonia y en Hungría, lo mismo que en las repúblicas bálticas, es muy positivo, es un buen ejemplo para nosotros. Sería una tragedia si el proceso condujera al caos económico. Por el momento la Unión Soviética observa un actitud de no injerencia y es lo más que podemos esperar. Pero si hay un regreso de las fuerzas de derecha, habrá injerencia. Todo está ligado.

—¿Y sobre las elecciones locales previstas para los próximos meses?

—Esas elecciones son muy importantes. Hay que acabar con la tutela del partido sobre los soviets locales. Al mismo tiempo las leyes electorales de las repúblicas datan de antes de los cambios; no pueden ser buenas. Nosotros pedimos que se suprima el procedimiento de la "conferencia de circunscripción", que filtra las candidaturas y permite toda clase de manipulaciones. Hay que evitar el derecho de las comisiones electorales, muy reaccionarias, de anular las elecciones con el pretexto de una violación de la ley electoral y renunciar al principio de que un candidato no puede encontrar una ayuda práctica más que acercándose a las administraciones previstas para este efecto: bajo un aspecto igualitario, eso permite también toda clase de manipulaciones de parte del aparato.

*Traducción de Aurelio Asiain*

## ASÍ FUE ÉL. ¿CÓMO SEREMOS NOSOTROS?

GUENADI ZHAVORONKOV

FUERON MUY POCOS los casos en que tuve que tocar el timbre en el departamento de Andrei Sajarov en la Calle Chkalov. Por lo general la puerta estaba entreabierto o, en el mejor de los casos, cerrada

con un periódico, plegado seis veces. Casi nunca estaba vacío el perchero en el angosto pasillo. Allí, junto al costoso abrigo de algún diplomático extranjero bien podía estar colgado un chaquetón raído.

Cuando Sajarov regresó de Gorki le ofrecieron un magnífico apartamento en el edificio académico, que más correspondía a sus títulos y sus méritos. Pero él se negó a aceptarlo: jamás deseaba corresponder a nada. Y

se quedó a vivir en el departamento de dos habitaciones de su suegra Ruth Bonner, del cual antes había sido desterrado. Sólo pidió que le cedieran un cuarto en la planta inferior para tener un despacho de trabajo.

En muchísimas ocasiones vi cómo la gente que venía a aquel departamento por primera vez, al comienzo quedaba estupefacta al ver la modestia del hogar y la ropa demasiado sencilla del académico. Pero aquello no era fingido, no era el papel que se había elegido Sajarov. Realmente, desdénaba las cosas materiales. Incluso daba la impresión de que no las notaba. En su casa no había objetos de cristal de roca, alfombras ni vajilla lujosa para recepciones diplomáticas. Todas esas recepciones tenían como sede la cocina, donde las kozas de mayólica no caían de las paredes por el mero hecho de estar pegadas con esparadrado.

Sus chancletas de casa gastadas, sus pantalones vaqueros mil veces lavados, su camisa a cuadritos, pasada de moda ya en los años 50, y su chaqueta de punto, colgada de un hombro, nada encajaban en la etiqueta diplomática establecida. Pero siempre se destacaban sus ojos, en los cuales se podía notar la atención y la curiosidad hacia el interlocutor.

A los huéspedes les servía café, mientras que él mismo tomaba siempre té. En general, en su mesa jamás se podía ver algo que no fuera posible comprar en las tiendas moscovitas o en el mercado, al cual solía ir él mismo. Parece sorprendente, pero le gustaba hacer lo que a nosotros siempre nos irrita enormemente: fregar los platos, lavar el piso y hacer la cola, al igual que todos. Y no se trataba de una pose, ya que todo ello él lo hacía de manera frenéticamente concienzuda. Según Elena Bonner, "su principal talento

era llevar hasta el fin lo que hacía". El único lujo que se permitía Sajarov era calentar todo lo que nosotros solemos comer frío, incluyendo las ensaladas y el arenque salado.

Su casa era para él todo, excepto un castillo. Amaba su hogar, su aseo ideal y su caos de libros, manuscritos y cartas. Sólo allí se sentía protegido (¡a pesar de las puertas siempre abiertas!) de los engaños, amenazas y de la actitud hostil de cierta gente. Al cruzar el umbral de su casa se tranquilizaba, se hacía más alegre, podía bromear y reírse de las bromas que otros le dirigían.

Conozco el caso en que a un hombre muy independiente lo llamó por teléfono un funcionario muy importante. Al oír por el auricular aquella voz de gran jefe, el hombre se levantó de su silla. Durante la conversación hizo varios intentos de sentarse, pero no pudo hacerlo. Sajarov hablaba por teléfono de igual manera con primeros ministros y con empleados de los servicios municipales.

Son aún muy pocos los que saben que la novela *Vida y destino* de Grossman fue salvada precisamente en esta casa. Después de leer el manuscrito, Sajarov, Elena y Ruth Bonner durante dos días filmografiaron el texto, ya que temían por su futuro.

Sólo en una ocasión lo vi desesperado en su casa: fue cuando en plena campaña electoral una de sus visitas dejó caer por descuido el aparato telefónico. Naturalmente, le tenía sin cuidado aquel aparato mil veces reparado. La causa de la desesperación era muy distinta: lo habían dejado sin comunicación con el mundo exterior, al igual que en tiempos pasados en la ciudad de Gorki. Alguien podía estar llamándolo. Alguien necesitaba de él. Algo podía haber ocurrido, pero el teléfono no sonaba...

Al igual que muchos me asusté por el incidente en el primer Congreso de diputados del pueblo, cuando el discurso de Sajarov fue interrumpido a gritos y con las protestas más burdas. Fui de inmediato a su casa para enterarme de cómo se encontraba después de haber vivido aquella pesadilla. Pero Sajarov se veía tranquilo y alegre. A mi pregunta respondió con un gesto, expresando que aquello era de poca importancia: "Ocurre que cuando estoy hablando sólo puedo pensar, y no oigo nada". Hasta ahora no puedo dar crédito a sus palabras. Sajarov, como ningún otro hombre, sabía escuchar a sus oponentes, inclinándose un poco hacia el interlocutor, dirigiéndole el oído.

Él podía vivir mucho más aún. En diciembre lo invitaron a la RFA para los festejos del aniversario del Partido Social - Demócrata. Pero él rechazó rotundamente la invitación: "¿Qué festejos puede haber cuando nosotros estamos en el Congreso!". El no quería salir a ninguna parte antes de haber construido hasta el fin su casa, nuestra casa.

El 14 de diciembre, ya bien entrada la noche, le dijo a su esposa y a los huéspedes: "Me voy a descansar. Mañana tendré un día difícil. Habrá que dar batalla en el Congreso". Fueron sus últimas palabras en esta vida...

A pesar de las protestas de sus invitados, Sajarov siempre los acompañaba hasta el ascensor. Pero ahora seremos nosotros quienes lo despediremos a él. Jamás volverá a subir al séptimo piso de su edificio. Pero nadie podrá impedirnos subir mentalmente a su piso, entrar en su departamento, inclinarnos ante él y jurarle que acabaremos de construir la casa cuyos cimientos él colocó antes que todos nosotros.

## LA FÓRMULA DE LA OPOSICIÓN\*

ANDREI SAJAROV

**Q**UIERO OFRECER la fórmula de la oposición. ¿Qué es la oposición? No podemos asumir toda la responsabilidad por lo que está haciendo la dirigencia. Alargando el proceso de la perestroika por muchos años, ésta lleva el país a la catástrofe. Durante todos estos años la dirigencia deja el país en un estado en que todo irá desmoronándose, y desmoronándose intensivamente. Todos los planes del traspaso a la economía intensiva, a la economía de mercado, resultarían imposibles de realizar y en el país va

creciendo la desilusión. Tal desilusión hace imposible en nuestro país el camino del desarrollo evolutivo. El único camino y la única posibilidad para el desarrollo evolutivo es radicalizar la perestroika.

Declarándonos oposición, asumimos al mismo tiempo la responsabilidad por las soluciones que proponemos. Es la segunda parte del término. Y ello también es extraordinariamente importante.

Actualmente, afrontamos un estado de profunda crisis de confianza en el partido y en la dirigencia, de la cual podemos salir sólo emprendiendo enérgicos pasos políticos. La derogación del artículo 6 de la Constitución y de otros artículos de la Carta Magna, rela-

cionados con éste, es hoy día un acto político, y no meramente jurídico organizativo. Constituye un importantísimo acto político, que el país necesita justamente ahora, y no dentro de un año, cuando se termine de redactar el nuevo texto de la Constitución. Entonces ya será tarde. Ya ahora tenemos que dar impulso a los procesos de la perestroika.

Y por último, lo que necesitamos es restaurar la fe en nuestro grupo interregional. La población del país cifraba enormes esperanzas en el grupo interregional. Pero en los últimos meses comenzamos a perder la confianza.

Por último, quisiera referirme a las palabras de Goldanski en cuanto a que la exhortación

\* Última intervención pública de Andrei Sajarov, el 14 de diciembre de 1989 en el Kremlin, durante la reunión del grupo interregional de diputados.

a la huelga política de dos horas fue un regalo para las fuerzas de derecha y que otro regalo semejante a esas fuerzas de derecha sería la proclamación de la oposición. Estoy rotundamente en desacuerdo tanto con la primera afirmación, como con la segunda. Lo que ha ocurrido esta semana, al discutirse nuestra

exhortación, fue un importantísimo paso en la politización del país, en el desarrollo de las discusiones que abarcaron todo el país. Y no tiene importancia alguna la cantidad de huelgas. Fueron suficientes, incluyendo las huelgas en Donbass, Vorkutá, Lvov y en muchos otros lugares. Pero incluso ello no es lo

fundamental. Lo esencial es que el pueblo ha encontrado, por fin, la forma de manifestar su voluntad y está dispuesto a prestarnos apoyo político. Lo comprendimos esta semana. Y no debemos quedar sin tal apoyo. El único regalo a las fuerzas de derecha será nuestra pasividad crítica. Es justamente lo que quisieran.

#### LA ESCENA POLÍTICA

### PRI: ¿LA REFORMA IMPOSIBLE?

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

#### LA CTM ANTE LA REFORMA

EN 1972, CON MOTIVO de la designación de Jesús Reyes Heróles como presidente del PRI, Daniel Cosío Villegas se hacía las siguientes preguntas: "¿Cómo interpretar la designación de don Jesús? ¿Qué cabe esperar de él? ¿Podrá pasteurizar al PRI y devolverle su hace tanto tiempo perdida salud?"<sup>1</sup> A todas estas interrogantes don Daniel no dio una respuesta categórica, pero sí expresó un moderado optimismo, que era al mismo tiempo una esperanza: "Desde luego, parece tener una clara y laudable significación política general: como ningún otro acto suyo, revela el deseo presidencial de cambiar y de mejorar la vida pública nacional. Consecuentemente, debe suponerse que nadie está más interesado en el éxito del experimento que el propio presidente de la República, y que, por lo tanto, ayudará cuanto pueda a ese buen éxito". La voluntad del presidente resultó más oscura de lo que suponía don Daniel. La gestión de Reyes Heróles al frente del PRI no consiguió ningún cambio del que se guardara memoria. El PRI no cambió para que todo siguiera igual; simplemente se quedó igual para que todo siguiera igual. Al final del sexenio, cuando Reyes Heróles afirmó que primero se elaboraría el programa de gobierno para luego designar el hombre que lo encabezaría, tuvo que pasar el trago gordo de que el candidato oficial a la presidencia fuera destapado sin ningún programa previo y sin que el presidente del partido tuviera siquiera noticia.

La mala jugada tenía un significado político evidente: quien manda en el partido no es el presidente del partido, es el presidente de la República. La lección de Echeverría fue simple y precisa: sin la voluntad del presidente de la República no es posible realizar ninguna transformación en el PRI. Pero surge la pregunta: ¿la voluntad presidencial es una condición necesaria y suficiente? Dicho de otro modo: sin la voluntad presidencial no hay cambio posible, pero ¿basta con ésta para que el cambio se realice? Para esbozar una respuesta conviene evocar algunos datos de nuestra historia reciente y no tan reciente.

Formalmente, la historia del partido oficial puede dividirse en tres periodos: el del PNR, bajo la égida del jefe máximo, que corresponde a su nacimiento y consolidación como partido de cuadros; el del PRM, que transformó —mediante la movilización y la organización de los obreros y de los campesinos— al antiguo PNR en un partido de masas supeditado al jefe del Ejecutivo; y, finalmente, el PRI que, de acuerdo con ciertas interpretaciones, sería un organismo de control y supeditación de las organizaciones populares al gobierno de la República. Pese a que el PRI, el PRM y el PNR pueden definirse como diferentes versiones de un partido de Estado, la historia de las relaciones entre el presidente de la República y el partido oficial registra dos periodos fundamentales: el del maximatismo y el del presidencialismo. El PNR no fue el partido del presidente, sino el de Calles. El PRM fue el partido del presidente y sus nuevos interlocutores fueron los sectores organizados. Importa poco que el sexenio de Cárdenas pueda definirse como un "corporativismo activo", orientado a la movilización de las masas y a la realización de reformas, y que de Ávila Camacho en adelante se pueda hablar de un "corporativismo pasivo", orientado al control y a la contención de las demandas populares; de Cárdenas en adelante el partido oficial mantiene dos rasgos fundamentales: ser un partido de masas (organizadas en sectores) y estar bajo la jefatura del Presidente en turno.

No obstante, las relaciones entre el presidente y los sectores están determinadas por otro factor igualmente importante: los presidentes pasan y los sectores permanecen; en el caso de la CTM la permanencia de los sectores se conjuga con la permanencia de los líderes —que además gozan de una longevidad envidiable—. Por eso, entre el jefe del Ejecutivo y las dirigencias corporativas se producen tensiones, negociaciones y hasta claudicaciones. ¿Quién no recuerda, en 1971, las tensiones entre el presidente Echeverría y Fidel Velázquez? Sin embargo, los impulsos

renovadores que Echeverría quiso inyectar en el movimiento obrero terminaron en la VII Asamblea Nacional del PRI en 1972 con el pleno reconocimiento del liderazgo de don Fidel. Otro indicador de la fuerza del sector obrero lo constituye el gobierno del presidente De la Madrid, quien —pese a las tensiones constantes y abiertas— hubo de soportar durante todo el sexenio a los líderes del sindicato petrolero. Pero, con relación a la reforma del PRI, el antecedente más interesante está en la postura que adoptó la CTM ante la reforma de 1977. Cuando López Portillo propuso la reforma política, la CTM se opuso firmemente; una vez que su resistencia fracasó propuso una reforma económica a cambio de aceptar la reforma política<sup>2</sup>. Además, en 1978, como ahora, el tema recurrente después de la reforma política fue la reforma del PRI. En vísperas de la IX Asamblea Nacional del PRI (1978), la CTM se manifestó —como lo hizo recientemente— en contra de cualquier modificación de la organización del PRI por sectores y reivindicó un mayor margen de participación en la dirección del partido. En suma, se aceptaba la reforma política a cambio de una reforma económica, pero no se cedía en lo referente a la reforma del PRI. La IX Asamblea aceptó mantener la organización sectorial del partido y, más tarde, las reformas económicas propuestas serían realizadas, al menos en un aspecto, por el gobierno de De la Madrid: el sector social de la economía fue elevado a rango constitucional.

En realidad, en 1978 la voluntad presidencial para renovar el PRI no fue del todo clara, ya que, por una parte, la reforma no contemplaba que el PRI dejara de funcionar como partido único; el objetivo manifiesto era abrir espacios a las minorías. Por otra parte, se suponía que el auge económico que se comenzaba a experimentar legitimaría en el mediano y largo plazo la hegemonía priísta. Por eso, el veto de la CTM no enfrentó mayores resistencias.

Como quiera que sea, y a partir de esta experiencia, se puede afirmar que la oposición de la CTM a la reforma política no fue una

política coyuntural, sino que respondió a la defensa de sus intereses particulares; y que, por lo tanto, esta actitud volverá a repetirse: la exigencia es mantener intacta la presencia de los sectores en la organización y dirección del PRI. Sin embargo, en esta ocasión, la situación es mucho más complicada: la urgencia de renovar al PRI es mucho mayor que en el pasado, toda vez que se reconoce el fin del partido único; los golpes contra las direcciones de los sindicatos de los maestros y de los petroleros han debilitado la fuerza y la cohesión del corporativismo sindical. En tal sentido, hay que comprender que las contradicciones y las tensiones entre el proyecto modernizador del presidente y las corporaciones obreras, en particular la CTM, son económicas y políticas. Políticas, porque la democratización del sistema político y del partido implica una modificación de las relaciones de poder en detrimento de las dirigencias sindicales. Económicas, porque la contracción económica del Estado y el fortalecimiento de los mecanismos de mercado chocan con el programa estatista que mantienen los sindicatos en México; y, además, porque la apertura de la economía impondrá una serie de modificaciones en los procesos de trabajo de las empresas que obligará a limitar las prerrogativas de las direcciones sindicales. En estas condiciones, la CTM experimentará mucho más dificultades para vetar la reforma del PRI. (Este tipo de contradicciones no es exclusivo de México: el Partido Laborista británico y el PSOE español constituyen dos ejemplos de cómo se pueden resolver tales contradicciones. En Gran Bretaña el laborismo permaneció fiel a los intereses de las corporaciones aun a costa de nulificar su vocación de gobierno; en España, el PSOE ha conservado la mayoría y el gobierno a costa de entrar en conflicto con las organizaciones sindicales.)

El verdadero dilema de la reforma no parece estar en si el presidente tiene o no la fuerza para imponerla, sino en el camino que se ha elegido para llevarla adelante. La renovación del PRI pasa por su transformación en un partido de ciudadanos; sin embargo, esta transformación se quiere lograr sin sacrificar a los sectores. El riesgo está en que el partido oficial puede quedarse a la vez sin la completa anuencia de los sectores corporativos y sin el consentimiento y la simpatía de la ciudadanía. La negociación de la reforma tendrá, pues, que evitar el inmovilismo, pero no debe exacerbar las contradicciones con el corporativismo; el reto para los renovadores es "doblegar" a la CTM sin llegar a la ruptura. ¿Es eso posible? Sólo el tiempo lo dirá, ciertamente será muy difícil. Pero si fuera imposible, más vale apostar al futuro (la ciudadanía) que al pasado (el corporativismo).

#### EN LA TIERRA DE NADIE

De 1952 en adelante el PRI funcionó no sólo como un partido único —monopolizando

casi todos los espacios de poder político—, sino además funcionó como un partido dominante<sup>3</sup>. El monopolio del poder político fue asumido por la ciudadanía (pasiva o activamente) como un fenómeno "natural" —incluso la oposición política definió su disputa por el poder como un proyecto a largo plazo—. La consolidación del PRI como partido dominante no se consiguió sin fuertes tensiones entre la élite gobernante y la sociedad civil: en 1929, con la votación por Vasconcelos; en 1940, con la candidatura de Almazán; y, finalmente, en 1952 con el movimiento henriquista. La suma de estas experiencias históricas fue un factor importante para que la política real se identificara con el partido oficial y para que la militancia en la oposición fuera concebida como romántica e ingenua. Sin embargo, las transformaciones sociales y culturales fueron erosionando el carácter dominante del partido oficial. El PRI perdió su hegemonía mucho antes del 6 de julio: aun cuando pueda conservar la mayoría relativa (o incluso la mayoría absoluta) los rasgos esenciales de su identidad resultan arcaicos. El estatismo, el corporativismo, el clientelismo, así como el patrimonialismo, son hoy valores negativos y lo serán cada vez más conforme pase el tiempo. En este sentido, el PRI navega contra la corriente y su discurso se vuelve conservador.

Contra lo que pudiera suponerse, la legitimidad que ha ganado el presidente de la República plantea para el PRI más problemas que soluciones. Octavio Paz distingue la legitimidad institucional de la legitimidad personal: "El tlatoani es impersonal, sacerdotal e institucional; de ahí que la figura abstracta del Señor Presidente corresponda a una corporación jerárquica y burocrática como el PRI. En cambio, el caudillo es personalista, épico y excepcional; de ahí también que aparezca en momentos de interrupción del orden"<sup>4</sup>. En las pasadas elecciones presidenciales se enfrentaron tres tipos de líderes: Clouthier, que gozaba de un carisma individual; Cárdenas, que fincó su atracción en un carisma hereditario (hijo del general) y Salinas de Gortari, que encarnaba el carisma institucional. La votación reveló que el carisma institucional había perdido su capacidad de atracción. El 6 de julio asistimos, de hecho, a la quiebra del carisma institucional. Por eso, la legitimidad de Salinas de Gortari es cualitativamente diferente de la de sus antecesores. Han sido los actos de gobierno, que se vinculan claramente a la personalidad del presidente, y no la investidura presidencial, lo que ha legitimado al presidente. La fuerza de estos actos deriva de su carácter extraordinario: han roto con una serie de reglas no escritas. El paradigma de la legitimidad de Salinas de Gortari no está en el carisma institucional (el tlatoani), sino en el carisma individual, personal. De ahí que la legitimidad que ha ganado el presidente no se transmita al PRI. La quiebra del carisma institucional incluyó la de la figura

impersonal del Señor Presidente, pero también la de la corporación burocrática que le corresponde: el PRI. Es más, la legitimidad personal del presidente aumenta en la medida en que se lo identifica menos con los intereses y organizaciones que componen el partido oficial. A todo esto hay que añadir que el contenido del proyecto de gobierno de Salinas de Gortari implica una ruptura con el pasado, es decir, con la vieja identidad del partido oficial. Se trata, pues, de un problema de forma y de fondo.

En los años treinta la consolidación del presidencialismo y el desarrollo del corporativismo fueron procesos simultáneos. Para desplazar al jefe máximo Cárdenas apeló a la movilización de los sectores populares que se hallaban al margen del PNR. Hoy, el refuerzo del presidencialismo se ha hecho mediante el debilitamiento del corporativismo. Salinas de Gortari ha ganado legitimidad ante una ciudadanía que está al margen de los partidos y de las distintas organizaciones corporativas. Esta ciudadanía no se convierte en actor político mediante la militancia o la organización gremial, sino mediante el voto. Su inclusión en la política implica depurar los procesos electorales y respetar el voto. Cárdenas amplió el Estado al organizar las masas obreras y campesinas; el reto político de Salinas de Gortari es ampliar el Estado dando plena cabida a la ciudadanía. A la transformación de Cárdenas correspondió un partido único organizado en sectores; a la transformación actual no puede corresponder más que un partido de ciudadanos y un sistema multipartidista.

Después de las elecciones del 6 de julio y del primer año de gobierno, el PRI ha quedado aprisionado entre una ciudadanía que se ve cada vez menos representada por este partido y el presidente de la República, que avanza una serie de reformas y proyectos que el partido no logra encabezar, ni asimilar. El PRI ha quedado, pues, en la tierra de nadie.

#### COROLARIO

Los intentos anteriores de reforma del PRI contienen una enseñanza: sin competencia electoral no hay reforma posible. Pero, además, para que el partido pueda renovarse es necesario que gane autonomía respecto del presidente de la República. La primera condición depende de la reforma de la ley electoral. La segunda es mucho más complicada; constituye una verdadera paradoja: por una parte, la reforma del partido impone mayor autonomía respecto del jefe del Ejecutivo, pero dicha autonomía —dada la estructura y la historia del partido— depende de la voluntad del propio presidente. Por otra parte, no es para nada evidente que las bases priistas (socializadas en la vieja cultura política) ni los sectores tengan una verdadera vocación democrática: dejados a su libre albedrío podrían decidir democráticamente boicotear la

reforma electoral. Tal parece, pues, que, de prosperar, la reforma será consecuencia de una serie de equilibrios y de negociaciones muy complicadas. Pero ¿no es ésta la condición misma de la política, es decir, la de ser un arte? Un arte en el que, como en todo arte, no hay garantías ni reglas absolutas. Sólo que, en este caso, el fracaso no dejaría más que una sola salida para avanzar en la democratización del sistema político: la eliminación del PRI.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Daniel Cosío Villegas, "Política: acción estudiada y estudio accionado", *Plural* 7, abril de 1972.
- <sup>2</sup> "Demandar la adopción de un programa integral, con verdadero sentido transformador que incluya no sólo la reforma política, sino la reforma económica y la incorporación de la clase trabajadora al poder decisorio, a nivel nacional y de la empresa". (Documento de la CTM publicado el 16 de enero de 1978).
- <sup>3</sup> "Un partido es dominante cuando se identifica a una época; cuando sus doctrinas, sus ideas, sus métodos, su estilo coinciden con los de la época (...) El dominio es más un fenómeno de influencia que una cuestión de dimensión; también es un fenómeno de creencia. Un partido dominante es aquel que la opinión cree dominante" (Maurice Duverger, *Les partis politiques*, Librairie Armand Colin, París, 1976, p. 413; traducción de JSS).
- <sup>4</sup> Octavio Paz, *Posdata*, Siglo XXI, México, 1972, p. 144.



## CARTA DE MADRID VIAJAR POR LOS VIAJES

BLAS MATAMORO

UNA NUTRIDA investigación de Juan Gil (*Mitos y utopías del Descubrimiento*, tres volúmenes coeditados en Madrid por Alianza y la Comisión del Quinto Centenario: *Colón y su tiempo*, *El Pacífico y El Dorado*) permite volver, por si no se hubiese hecho nunca, sobre las mitologías que alentarón los viajes a las Indias a partir de los tardíos años del Cuatrocientos. Recuerdo ahora mismo un par de libros de historiadores tridentinos (Enrique de Gandía y Roberto Le villier) pero, como confirma Gil, no una extensa bibliografía orgánica.

El trabajo de Gil, de una densa e infatigable erudición histórica y etimológica, permite conectar dos niveles de lo que podríamos llamar, retrospectivamente, realidad histórica. Y si digo "retrospectivamente" no es, como parece obvio aclarar, porque toda historia sea retrospectiva, sino porque, para nosotros, lo real histórico no coincide con lo que vivieron nuestros antepasados. El presente de la historia siempre es desconocido para los

contemporáneos que la estamos haciendo, y ése es uno de sus atractivos misteriosos y, también, uno de sus componentes trágicos. La razón histórica siempre actúa a posteriori, tardíamente, si se prefiere.

Por eso, cuando leemos remotos libros de viajeros y nos encontramos con referencias que nos saben a leyenda, hemos de razonar que, en la mayoría de los casos, no se trata de alucinaciones provocadas por una insuficiente noción de la realidad explorada, sino de visiones del mundo, animadas por elementos de tipo mítico, es decir de percepciones que remiten a una historia nunca ocurrida y siempre repetida.

Si Marco Polo nos habla del arca de Noé, de Gog y Magog y del Preste Juan de las Indias con sus invictos ejércitos, de la montaña de jade y del árbol cuyos frutos son metálicos y crece en lugares sin agua, ni nos está mintiendo ni nos comunica sus supersticiones. Nos refiere unas nociones míticas que son objeto de la vista pero no de otros

sentidos: cerca del mito no se interviene. Los personajes o seres míticos no se tocan, ésa es la regla del juego. Puedo cazar un león o un elefante, aunada no sepa clasificarlos zoológicamente. No puedo atrapar sirenas ni tragos: sólo verlos y referirlos en una carta como ésta.

Por su parte, debemos tener en cuenta otro elemento digamos epistemológico en esta literatura de viajes. La realidad sólo empieza a ser inquietud de la literatura a partir del siglo XIX, tal vez no antes del auge de la novela histórica, basada en confrontaciones documentales más o menos rigurosas o idealizadas.

La realidad no era materia literaria en el mundo clásico ni en el medieval. La realidad sólo importaba a los metafísicos. A partir del siglo XVII, si se quiere, comienza a ocupar a los científicos de la naturaleza cuyo modelo es la disciplina matemática, con mucho de la antigua pasión pitagórica por las armonías y correspondencias secretas del universo. Pero

a Colón la realidad como ese continuo exterior e inevitable con que podemos encararla hoy (o con cualquier otra fórmula) le tenía sin cuidado. Por eso, junto a sus papagayos y serpientes, aparecen sus cinocéfalos y pigmeos. En rigor, cuando se habla de la interferencia mitológica en la mentalidad de aquellos navegantes, hay que pensar qué función desempeñaban los mitos (entendidos con criterio actual) en su cosmovisión.

Más al fondo, hay una dinámica de enfrentamiento entre Europa y Asia por la hegemonía mundial. O, por mejor decir: por la hegemonía sobre el mundo conocido y aceptado como tal cosmos: la llamada Ecuemene. El continente (Asia) y la península (Europa) lidiaban desde las guerras médicas y alejandrinas por este dominio, cuya clave estaba en hallar el eje del mundo consabido, el elemento axial que permitiera dominar el sistema desde su puesto de comando.

Este eje iba hasta un supuesto cabo extremo de Oriente, donde los geógrafos clásicos sitúan todas las maravillas del mundo, entendiéndolas como naturales. Todavía en el siglo XIX Alejandro de Humboldt recomienda buscar en los pueblos primitivos la herencia mítica de Occidente. El Finisterre de los prodigios se encuentra en el interior del alma primitiva.

Los conquistadores iban a América, entonces, a encontrar la visión de lugares míticos en los cuales se sitúan algunas de las figuras rectoras de su propia imaginaria universal: la isla de las mujeres, la fuente de la perenne juventud, las ciudades hechas con metales preciosos, etc. Ofir o Tapróbana, en la expectativa de Colón, estaba en Cipango, la enorme isla habitada por los chinos. En ella se encontraban las minas de oro de las cuales el rey Salomón había extraído el material para construir el templo de Jerusalén. De esto Gil vuelve a inferir la hipótesis tradicional de Salvador de Madariaga: que Colón era un judío converso, un marrano, alguien que debía disimular su condición de tal en un medio ya proclive a ambas cosas. La corte de los Reyes Católicos, llena de conversos (el mismo rey Fernando tenía algún ancestro judío) decreta la expulsión de hebreos. Colón va a América, justamente, cumpliendo con un mandato del judaísmo: recobrar el oro de Ofir y restaurar el templo hierosolimitano.

Colón no exhibe un mesianismo cristiano, que privilegia el futuro como mejor que el presente. Por el contrario, su celebración renañentista del presente como lugar de la creación en tanto meta del universo, de la totalidad sistemática de la naturaleza, es un presentismo de carácter judaico. Colón no espera al Mesías, sino que organiza su propio mesianismo. Su pacto providencial es directa negociación con Dios, no aceptación del mensaje divino a través de la Escritura administrada por la Iglesia. Esta convicción es la que legitima su derecho en Indias. Él ha recibido esas tierras de parte del Altísimo y contrata su administración con los Reyes Católicos. Su

modelo, más que el apocalíptico San Juan, es Isaías, el profeta social. Con ello colabora otra leyenda que anima la empresa indiana: la especie de que Alejandro el Grande encerró en algún lugar de Asia a diez tribus de cierto pueblo que, por los indicios de los viajeros, son judíos, pues mantienen algunos ritos antiguos que nadie puede descifrar y se niegan a comer carne de cerdo. Colón (siempre en la línea de la hipótesis de Gil) habría ido a América creyendo que era Asia y con el propósito de liberar a sus paisanos judíos.

Lo religioso habría actuado, en el descubrimiento, como una racionalización de hechos incomprensibles. La antropología de la época difícilmente podía entender que un indio era tan humano como un español. Los límites "animales" entre el hombre y las demás especies eran poco visibles y carecían de estudios científicos que hoy llamaríamos de antropología comparada. Sólo una religión humanitaria como el cristianismo o la intuición judaica supuestamente colomina podrían sortear estos inconvenientes planteados por la naturaleza. Tierras distintas, gentes distintas, animales distintos (indios incluidos) desafiaron la curiosidad científica del europeo renañentista y del cristiano ecuménico.

Una de las respuestas ideológicas a esta diversidad súbita, compleja, inasible, fue la utopía. Tierras de perenne juventud, de eterna primavera, fuentes de aguas repriminadoras, gentes que ignoran la enfermedad y la decrepitud, pueblos sin inviernos ni muertes, islas afortunadas donde todo se consigue sin esfuerzo y viene dado en exceso por una naturaleza que cuida del hombre como de un niño regalón. Las leyendas medievales sobre singladuras de santos y países de Cucaña y de Jauja alentaron la codicia del europeo, en un tiempo lleno de promesas utópicas y creyente en el valor económico originario de los metales preciosos, no del trabajo añadido.

La ciudad de oro y de plata, las islas de los Reyes Magos, Cibao, Saba, los cometas y estrellas propicios que guían a los navegantes en la gran noche amenazante de la mar oceánica, apuntan a las dos vertientes de la utopía: la edad de oro y la ciudad ideal. No salir de la primitiva benevolencia natural o construir una sociedad a partir de bases puramente racionales. América nace, en la mirada europea, como el lugar de la aldea feliz o de la razón omnipotente, saneada de los pecados de la historia. Su impronta utópica es muy fuerte y no deja de percibirse hasta hoy. América primaveral y regeneradora, América tierra de la liberación, América archipiélago de utopías, son derivados de la utopía renañentista fundacional. En ese sentido, América sigue siendo un fundamento, está fundándose eternamente, como ocurre con los mitos. Luego está la otra América, la del esfuerzo y el trabajo, que empieza con la explotación del indígena, la servidumbre y aun la esclavitud. Esta es la América de la historia.

Gil hace un retrato paradójico de Colón,

poniéndolo en las funciones de un hipotético administrador de las Indias, a caballo entre el mito y la historia. Lo caracteriza como hablador y marrullero, una suerte de charlatán seductor que promete grandezas, cuenta leyendas megalómanas y convence a fuerza de buen decir. Eso que un argentino llamaría *un tano chanta*. Un genovés pejiiguera que lleva a Europa hacia un extremo fabuloso de las islas asiáticas y que termina dando ocasión a que otro charlatán italiano, Américo Vespucci, se quede con la patente del invento.

Mediocre navegante, mal cartógrafo, Colón se sustenta en el trabajo profesional de sus capitanes y oficiales. Los aportes geográficos que trae de Indias son poco valorados por los peritos de la época, salvo por un catalán, Jaime Ferrer. No se sabe bien si el descubridor anda por el océano Índico, el mar de Arabia, el golfo Pérsico o las islas Hespérides. Hasta 1494 no se esclarecen muchos detalles y sólo entonces se empieza a considerar de cierta curiosidad la tarea colomina.

América, retomada la historia de su invención desde la perspectiva histórico-mitológica de Juan Gil, resulta ser el resultado egregio de un enorme malentendido humano, al cual dota de racionalidad un proceso más profundo, propio de esa etapa de la modernidad: la expansión del capitalismo comercial europeo por los mares del mundo. Es éste quien se vale de leyendas, de megalomanías, de charlatanerías, de mentiras y seducciones y acaba por unificar el escenario en la empresa de la conquista, el trasvase cultural, la colonización de las Indias y la planetarización efectiva del mundo.

Ahogada y halagada por la leyenda, América se diseña como el lugar donde la utopía es posible porque la historia fue imposible. Los indígenas no tienen historia porque son "pueblos naturales". Cuando ello no es así (los aztecas en la mirada de Cortés) aparece la historia. Cortés, hijo del gran Maquiavelo, se da cuenta de que esos indios tienen historia, aunque ellos no lo sepan y releen su pasado como un constante retorno de elementos fijos y repetidos. Entonces, decide mestizar: acabar con lo sobrante, convertir la diosa Tonantzin en la virgen de Guadalupe y hacer hijos con las princesas mexicanas.

El mestizaje es lo opuesto a la utopía, es decir que consiste en la proclamación de la imperfección de la historia. Si no fuera así, resultaría indeseable la mezcla. Lo mejor no se mezcla porque se degrada. Y ahí estamos: en una historia americana que sigue debatiéndose entre la utopía y el mestizaje. Aquella tiende a la preservación insular de la aldea feliz, maravillosa y aislada del mundo. Éste propende al mundo, a la mezzcolanza y la aventura, a la alteración constante. Fue en el instante en que el primer conquistador portugués o español decidió tener hijos con alguna india, cuando la historia del mundo, violenta e imperfecta como un acto de amor gobernado por la fuerza, llegó al Orbe Nuevo.

CARTA DE PARÍS

## TIEMPO DE ESPECTÁCULOS

JEAN - CLAUDE MASSON

*Ya es bora de airear, de aplicar a lo mental los principios elementales de la bigiene*  
Breton, *La lampe dans l'horloge* (1948).

SE ACABÓ la guerra fría. El bomo soviético, desprovisto de moléculas rebeldes, fue una fábula. Afortunadamente, todos nos equivocamos. Polonia, Hungría y Alemania Oriental reaniman el viejo corazón de Europa, aunque algunos siniestros espantapájaros, en el papel de Casandra, agiten el espectro de la Unión de Teutones. Dejémoslos graznar. Mejor volvamos la mirada hacia la sonrisa franca y bigotuda de Walesa, hacia los magiares que levantan orgullosamente la cabeza, hacia los jóvenes berlineses que se abrazan a cielo abierto y ponen a temblar los muros de la infancia. Ahora sus vecinos pueden soñar, incluso en Rumanía (donde Arafat acaba de besar, muy ostensiblemente, al *genius maximus* de los Carpátos: ¿fue un beso de Judas?). ¿Podríamos olvidar a los otros, a los que murieron sin el último socorro de la esperanza, con una estrella sangrante en la frente, o el cuerpo y el espíritu agarratados, en los calabozos de la calumnia o en la prisión planetaria del exilio? Por otro lado, esperemos que la lucha de los países del Pacto de Varsovia nos recuerde que no debemos medir todos los valores con el mismo rasero, y que en lo esencial, la libertad no reside en el derecho a elegir entre dos supermercados, dos canales de televisión y dos equipos de fútbol, entre el Banco de París y el Crédit Lyonnais, la Costa Brava y la Costa del Sol, el Renault, el Peugeot y el Citroën —o las bellezas extranjeras.

Si los tiempos cambian, y rápido, el tiempo, por su parte, ahorró los hábitos: al igual que los canadienses, en París hemos pasado de un verano tardío a un invierno puro y duro. Estación ideal para frecuentar las bambalinas de los teatros, hundirse en salas oscuras o ver temblar la pantalla chica, ya que con el Siete al fin tenemos derecho a la diferencia: es un nuevo canal que aún no está emparejado entre la beata bobería y la vulgaridad triunfante. Ya era hora de que el dios de los medios de comunicación se pusiera a trabajar el séptimo día.

Tranquilicéme: no voy a hacerme eco de la publicidad y entregarme al análisis comparado de las tres puestas en escena simultáneas de *El avaro*, a pesar de que la avaricia sea, sin duda, un signo de nuestros tiempos. Molière un verdadero clásico, es decir, un condenado a modernidad perpetua, y dos actores llamados Michel (Bouquet y Serrault), gran-

dios en el papel de Harpagon, en una palabra, lo que muchos diarios, en su lengua ricamente metafórica, llaman "bestias del espectáculo".

España y México ocupan la primera plana. Durante toda una semana, el Siete cogió al toro andaluz de los cuernos, transmitiendo y retransmitiendo películas de ficción, documentales realmente documentados y excelentes entrevistas. Sólo mencionaré los primeros cortometrajes de Buñuel (sobre todo *Tierra sin pan*), la adaptación hecha por Mario Camus de *Los santos inocentes* de Delibes, una Santa Teresa de Ávila aserrada en episodios, una historia plausible del flamenco (folklore obliga), y una serie de entrevistas, sin tema fijo, con Bergamín (ese extraordinario destructor de puertas ante el Eterno). Y como el séptimo arte siempre rivaliza con la televisión, llegó el turno del Segundo Festival de Cine Español, que se realizó en los Campos Elíseos, con trece películas en exclusividad. Por ejemplo, me hubiera gustado ver *Si te dicen que caí*, una adaptación de la novela de Juan Marsé, y el último largometraje de Carlos Saura (con la esperanza de que ya haya abandonado las humeantes ruinas de *El dorado*, su lujosa catástrofe). Desafortunadamente, las masas no me gustan (mucho), ni las friolentas colas ante las taquillas. Así, tuve que volver sobre mis pasos, mientras el público se disputaba los asientos: ¡me alegro por los cineastas de Navarra y otras regiones!

Como ustedes lo habrán sospechado, México está en cartelera con dos obras de Carlos Fuentes: *Gringo viejo*, en el cine y *El tuerto es rey* en el teatro, traducida por Céline Zins y dirigida por Fabienne del Rez, quien también actúa. ¿Se debe a un "azar objetivo" el que esta obra, cuyo tema es el precario equilibrio entre la realidad y el deseo, el imaginario y la historia, se representara precisamente en el Teatro María Estuardo? María (la primera), es sin duda una de las figuras más fascinantes y problemáticas de la sangrienta historia de Inglaterra: siendo reina de Escocia se convirtió en reina de Francia (invirtiendo de este modo el itinerario de Leonor de Aquitania), acabó encarcelada y más tarde ejecutada por Isabel. Católica contra viento y marea, María escandalizó con una vida "privada" singularmente inquieta, y sobre todo por casarse, como todos sabemos, con el asesino de su segundo esposo. ¿Además de Shakespeare, no hay algo de la Malinche en todo esto? La adaptación de *Gringo viejo*, por su lado, es una buena superproducción, lo cual no es frecuente. El guión fue hábilmente conducido, los diálogos cuidados y las imágenes

depuradas. De acuerdo con la gran tradición del cine norteamericano, Luis Puenzo demuestra sentido de la acción y el ritmo. Gregory Peck, en el papel imaginario de Ambrose Bierce, logró un trozo de antología, Jimmy Smits es, quizás, demasiado valiente y demasiado bello (por lo tanto, menos trágico, menos *cierto*) y Jane Fonda, simple y sencillamente, es adorable. No diré nada más: no esperen de mí una crónica mexicana.

Tras expurgar el *Officiel des spectacles* —y no la clasificación de películas según el número de entradas—, decidí enfrentar un peligro, a riesgo de hacerles pagar los platos rotos: elegí una película francesa, resistente a las tormentas publicitarias, y en cuyos créditos no figuran hijos de grandes estrellas. Se trata de *Nocturne indien* de Alain Corneau, inspirada en la novela de Antonio Tabucchi. Durante sesenta minutos no consulté mi reloj: para decirles que no estaba decepcionado.

Un joven francés pasa su primera temporada en la India (por lo menos eso dice, pues la historia es una trama de enigmas). Busca a un antiguo condiscípulo desaparecido, de nombre mestizo: Xavier Jonata, y origen indio-portugués. Pues nuestro héroe cursó la secundaria en Portugal, domina la lengua de Lusua, habla notablemente el inglés, y comprende al menos el alemán. ¡Qué de promesas... qué equipaje ideal para visitar la India! Se entiende que con una cabeza tan llena, nuestro viajero no necesite cargar baúles ni robustos samsonite: tan sólo una pequeña maleta donde guardar un par de zapatos de repuesto y el inevitable cepillo de dientes, amuleto del *globe-trotter* occidental, obsesionado con la necesidad de lavarse la boca. A no ser que todos los conocimientos de nuestro protagonista oculten una falla íntima, una dolorosa amnesia: ¿estaríamos, en ese caso, frente a un avatar de *El viajero sin equipaje* de Jean Anouilh?

Como ustedes lo habrán adivinado, se trata de un recorrido incitativo, es decir, tanto interior como exterior. Y para guiar al héroe (así lo llamaré, pues ignoramos su nombre) en su larga búsqueda, surgen seis personajes sucesivamente, en el papel de los antiguos mistagogos: una prostituta joven, un médico de edad madura, un viejo profesor extranjero, un viejo profesor de la Sociedad de Teosofía, una joven vidente (que, sin embargo, parece no tener edad) y una colegiala. La repartición de los tres tiempos de la vida no se debe al azar: la juventud corresponde a los tres representantes del sexo femenino, la edad madura y la vejez, a los tres varones. Por un lado, el saber autorizado: la Medicina,

la Investigación y la Enseñanza (y cierta forma de Apostolado); por el otro, el saber paralelo: el Tabú del Sexo, la Doble Visión y la Intuición de la colegiala, que se las sabe todas. La repartición de papeles y edades es bastante convencional, pero no olvidemos que el mito siempre está en clave: tiene sus razones, su lenguaje, sus ritos.

Y pues los mitos siempre son ambivalentes, nuestros personajes también lo son: la joven puta respetuosa tiene aires de virgen enfurecida, la pitonisa es leprosa, sin duda, y sus ojos fueron literalmente sulfurados, la colegiala habla como un libro. Ellas tres son las únicas que realmente informan al héroe: el saber consagrado, santificado, de los varones, fracasó. Por lo demás, la situación de los personajes masculinos es aún más ambigua: el médico confiesa su especialidad en cardiología, cuando los indios mueren de todo, salvo de infarto. Es ateo, indio, cardiólogo, y fuma como una locomotora. Para completar el cuadro, se llama Ganesh, y en efecto, su sonrisa tiene algo de la redonda simpatía del pequeño dios - elefante rosa. Pero no sabe nada: "Muchos se pierden en la India, declara, este país fue hecho para eso". Los monzones diluyen la memoria, los monzones y sus terribles efectos, físicos y psíquicos, "los monzones, de los que nunca se debería hablar hasta no conocerlos". El caso del historiador, especialista en arte dravídico, es aún más complejo: dice ser israelita, pero lleva un nombre imposible: Peter Schlemil -sí, el héroe de Chamisso, *El hombre que perdió su sombra*. Vaya, vaya. Y eso no es todo: también dice haber sido víctima de los nazis, pero el héroe se informa más tarde, por el radio, de la muerte violenta de un antiguo médico de los campos de concentración, que huyó a Argentina después de la guerra. El historiador, entonces, ¿fue víctima o verdugo? De cualquier modo, nos decepciona un poco cuando diserta sobre el Shiva Nataraja: según él, el Shiva danzante sería a la India lo que el flamenco a España, un signo de vida y de muerte, que figura y desfigura... en una palabra, un refrito del cine cómico.

El profesor de la Sociedad de Teosofía, en cambio, no nos decepciona nunca. Al principio temí las habladurías del gurú y los espectros de Madame Blavatsky o Annie Besant, quienes veían en Krishnamurti una reencarnación de Jesús. Pero no: el profesor, hay que admitirlo, sabe tanto como el médico o el historiador (sólo tiene una vieja carta del desaparecido), pero sus palabras son de oro, especialmente cuando habla de Pessoa (y aquí se siente la mano de Tabucchi). Por cierto, cita un largo y admirable pasaje, donde Pessoa compara nuestras dos vidas, la verdadera, la de la infancia, que se continúa como adentro de una especie de neblina, y la otra, la que simulamos jugar con los otros, la vida adulta, que nos conduce directamente al cementerio. Francamente, este hombre es demasiado lúcido para ser profesor, más bien

es un sabio sin darse cuenta, o una persona que, con una clarividencia suprema, renunció a la sabiduría. El profesor, al igual que los otros personajes, *no se balla*. Y no hay de qué sorprenderse: el mito y el sueño siempre hablan de otra cosa. No fue Freud quien descubrió el principio del contenido manifiesto y el contenido latente.

El héroe, por el contrario, demuestra muy poca sabiduría -debí sospecharlo desde el principio. Por ejemplo, cuando compara la obra de Herman Hesse con no sé cuál aperitivo italiano, dulce *usque ad nauseam*, se conduce como un señorito de la Rive Gauche, con la cabeza llena de pájaros, henchido de autosuficiencia, para quien el pensamiento universal se reduce a las señales de humo de tres barrios a la redonda, un impenitente vago de salón que, para no conceder una pulgada de terreno en la plática, denigra lo que no conoce. *El lobo estepario* es una obra maestra nada empalagosa. Thomas Mann decía que ese libro es tan ambicioso como el *Ulyses* de Joyce. Lo cual tampoco es muy cierto: la novela central del alemán naturalizado suizo es más lúcida, más fuerte y más acabada que la del irlandés que murió en Zurich. En cuanto a la creación de una comunidad de almas gemelas, a la que tanto aspiraba Hesse, es un sueño que muchos hombres acariciarán algún día.

Sea como sea, el itinerario simbólico de nuestro héroe lo condujo de Bombay (la Boa Bahía lusitana) a las factorías inglesas y francesas de Madras, y al fin, a la memoria de Camoens: a las misiones portuguesas de Goa. El círculo se cierra. El periplo nos dio hermosas imágenes de una India verosímil, no sin algunas citas de la película *Salaam Bombay*, de la india Mira Mer, durante las primeras secuencias. El ambiente del país está bien logrado, tanto en las expresiones del chofer sikh, al volante de su viejo y ruidoso Ambassador, como en los hoteluchos sórdidos y los palacios, en las escenas callejeras, llenas de niños con ojos de gacela, como en su inmersión nocturna en la estación de trenes de Bombay -que con todos esos cuerpos acostados en el suelo, parece una ciudad recién bombardeada. La elección del tema musical fue acertada: un quinteto de cuerdas de Schubert, que al igual que en *La doncella y la muerte*, nos provoca un estremecimiento irresistible. Sí, pero ¿cómo no hacer buenas fotos en la India, con un fondo musical romántico?

El héroe tenía que encontrar a un séptimo interlocutor: un sacerdote portugués (negro como los drávidas). Inesperadamente, el héroe renunció a esa entrevista. ¿Por qué? Nunca lo sabremos. Y aquí, precisamente, cuando el protagonista vuelve la espalda al inevitable número siete, la película empieza a delirar.

En los últimos cuarenta y cinco minutos, ahora interminables, todo se va a pique. Debo decir que el director prometió tanto, citó tantos libros sobre la Personalidad, de Chamisso a Pessoa, pasando por las grandes especu-

laciones hindúes y budistas, que el espectador se queda con hambre de conclusiones. En el momento decisivo, surge la prosaica cáscara de plátano: como si la búsqueda de la identidad pudiera degenerar en un problema de documentos falsos, como si las dudas metafísicas condujeran a una intriga policiaca... Ya no se entiende nada, y es como si estuviéramos ante un frasco de tinta. Algunos espectadores suspiran aparatosamente, otros protestan, se burlan o ríen sarcásticamente. ¡Nos quieren tomar el pelo! El héroe, que hasta ese momento era profundo y conmovedor, a pesar de su *desvío* estilístico en la casa del profesor, se vuelve grotesco. Hasta las imágenes de ruinas, playas y atardeceres se vuelven dignas de los más groseros folletos turísticos. Pero ¿qué pasó?, se preguntarán ustedes.

Nada, al menos, nada significativo. El director se comporta como el gerente de una compañía constructora que cavara cientos, levantara muros y por último colgara un plano donde aparecen el techo, las puertas y las ventanas. Un antiguo proverbio dice: "no quites la tierra al hombre justo, pues la dejarías sin agua". Y es exactamente la impresión que me causa Corneau en la segunda parte de su película. Desde que los diálogos comienzan a realizarse en francés (otras personas me lo confirmaron), parece que hubiéramos cambiado de sala y asistiéramos a los últimos sobresaltos de un gran fiasco.

El héroe conoce a una joven francesa (que, ¡figúrese usted! "ya había visto en algún lado"). Una muchacha vulgar que aparenta ser *natural*, sin conseguirlo, una fotógrafa que se reposa de un reportaje en Calcuta, donde afocó la miseria más atroz porque, declara con una lágrima en los ojos, "para eso me pagan". Y eso suena tan falso, que ni siquiera dan ganas de aconsejarle un cambio de oficio. Hacía un buen rato, de hecho sospechábamos que el héroe no buscaba a nadie sino a sí mismo, que volvía sobre las huellas de su pasado en un intento de comprender, de comprenderse, tras un doloroso vuelco de su existencia. Quien nos dio la pista, sobre todo, fue la pitonisa, cuando al intentar vaticinar, acabó por decirle al héroe que no era él mismo, el que decía ser. Y lo confirmamos más adelante (quizás un poco "acrobáticamente", es cierto), cuando al encontrar a la colegiala, afirmó que buscaba a Mister Nightingal, Rossignol en francés, Rouxinol en portugués... Qué gran mito, de nuevo, el de este pájaro que simboliza al poeta en tantos países, el que canta de noche (pues "quien canta su mal lo encanta", como dijo Aubanel, el provenzal, y repitió Seghers, el flamenco). Mito trágico: para que el ruseñor rinda toda la medida de su talento, se le corta la lengua. Nuestro héroe, por su parte, estuvo lejos de perder la suya, por el contrario, se dedicó a perorar y poner paño al púlpito -y sus habladurías sólo fueron empeorando.

Esta hermosa historia, que a pesar de todo hubiera podido tener un desenlace real, mara-

viloso o al menos soportable, se convirtió en un desmontaje intelectual (pero tonto, tonto!), se empeñó en destruir el mito en beneficio de una odiosa palabrería psico-filosófica, sembrada de lugares comunes e ideas descabelladas acerca de la relación del espacio - tiempo con la personalidad. O sea, una auténtica locomotora verbal, pesada y pretenciosa, una diarrea abstracta. Ya hace tiempo, René Daumal escribía: "Hay que desaprender a filosofar y aprender a decir". El final de la película es tan malo, que opaca momentáneamente al resto.

Muchas veces el hombre moderno no está a la altura de los grandes mitos que fundaron su cultura. Si los retoma, es como una fachada, una ilusión óptica, destinada a ocultar su incapacidad de inventar grandes historias. Y si tiene una pizca de talento, puede en un primer momento, crear ilusión, pues los mitos son inagotables, pero al final de cuentas, su impotencia y su superchería, saltan a la vista. Siempre sucede. Con *Fake*, Orson Welles cayó, desde lo alto de su estatura, en la misma trampa: acumular falsificaciones, abusar de los espejos enfrentados, hasta perderse en sus propias mentiras y ya no reconocer en los trozos de espejos que vuelven migajas al ser, como en la *Dama de Shangai* — en este caso, un logro. Por lo demás, el inspirado intérprete de *El tercer hombre* tenía un gran sentido del misterio, talento como *ilustrador*, y sus piruetas eran geniales. En cambio, nuestro joven director nativo, se tropezó con el tapete que el mito había tejido para él: a cada quien lo suyo. Si a pesar de todo opté por comentarles esta película, es porque su fracaso me parece significativo: demasiados jóvenes cineastas se volvieron técnicos, y han dado rineamente la espalda a la literatura y a los grandes guionistas, hablan la jerga del video y confunden al cine con el *dolby stereo* y las grandes tomas de claros de luna sobre una cacerola.

Al salir de la diminuta sala del cine Beaubourg, con su pantalla liliuputiense, remonté el aburrimiento dominical a lo largo de una galería comercial adjunta. Los letreros de las tiendas, distribuidos en doble fila india, decían: "Bubble gum", "Wards Academy", "Linda Faraway", "First", "Yellow", "Lady L", y omito los demás. Los únicos letreros en francés (quedan pocos), "Les artistes de demain", "Nouvelles frontières", "Transparence", anunciaban Liquidación Total sobre vitrinas vacías. No exagero un ápice. Un peatón adivinó mi perplejidad y me sonrió con tristeza, recordé al poeta japonés: "¿Qué placer cuando, un día oscuro, me topo con un hombre que no ha olvidado nuestro imperio!". El imperio de adentro.

Algunos días más tarde, por venganza, decidí ir al teatro. Y esta vez, tanto en el interés de ustedes como en el mío, aposté cobardeamente a valores seguros. Sólo me quedaba el trabajo de elegir entre el repertorio clásico y el moderno *sensu lato*, desde los chalecos

rojos de *Hernani*, hasta las grandes creaciones de Pirandello, Brecht, Genet y Ghelderode, pasando por las primeras de Beckett, Pinget, Pinter y Ionesco. En cuanto al teatro de la actualidad, quiero decir, el teatro de texto, no es ni la sombra de lo que fue. Desde hace tiempo, los últimos sobrevivientes del "Teatro Nuevo" navegan a la deriva en la balsa de Géricault. El título de un opusculo de Beckett resume bien la situación: *Para acabar una vez más y otras payasadas*. Si una obra dramática digna de ese nombre hiciera su aparición hoy en día, los gerentes de los teatros correrían a encender veladoras a Lourdes.

Paso por encima de las humaredas de leña verde acerca de la "bondad norteamericana" comparada con las "atrocidades alemanas", la notoriedad de Suiza "por sus quesos y su amor a la libertad" y el sentido innato del patriotismo en Francia. Pero no resisto, en cambio, la tentación de recordar cómo Ziffel hizo migajas la dialéctica hegeliana, la idea del mal necesario al bien, de la cual ya Goethe desconfiaba en sus conversaciones con Eckermann. Según Ziffel, Hegel "tenía madera para ser uno de los más grandes humoristas de la historia de la filosofía", una especie de Sócrates moderno. Pero lo trató mal la vida: "llamado a Prusia, se dedicó al servicio del Estado prusiano". No obstante, tenía tanto humor que, "por ejemplo, era incapaz de pensar el orden sin el desorden... tanto así, que para él la armonía del Estado se alimentaba, por decirlo así, de la desarmonía de las clases" (el subrayado es mío, pero el texto es de Brecht). A lo cual Kalle responde: "Con Hegel hay que limitarse a fragmentos, como cuando se comen cangrejos". Y Ziffel concluye el undécimo cuadro con un gesto de bravura: "La mejor escuela de dialéctica es la

emigración. Los dialécticos más perspicaces son los exiliados. Los cambios los obligaron a salir y sólo los cambios les interesan. De las señales más ínfimas deducen los cambios más fantásticos — siempre y cuando, por supuesto, sean capaces de reflexionar". Lo cierto es que nadie es profeta en su propia tierra, y el autor de estas líneas proporciona una prueba irrefutable.

El decimocuarto cuadro, dedicado al pueblo y la democracia, suscita las reacciones más contradictorias, de la complicidad al rechazo total. Ciertamente, su crítica "en dos tiempos" a la democracia despierta nuestra adhesión: es más fácil ser demócrata para un banquero que para un muerto de hambre. He aquí una forma de denunciar la vieja trampa: "Deberíamos decidir el voto según el peso, para que yo pueda tener la mayoría. Hay razones para ello: puesto que mis nalgas dependen de mí, debemos admitir que votan conmigo". En lo que ya no podemos acompañar al dramaturgo alemán es en sus ataques contra la democracia, porque es formal y nada más. Hace tiempo que sabemos que eso es falso. Brecht da a entender que el individuo no es más libre en la sociedad capitalista que en la comunista. Y en este punto, la historia de los últimos treinta años le opone un desmentido formal. Si el bávaro declara irónicamente "En un país comunista está prohibido dejarse explotar: he aquí, por lo pronto, una libertad suprimida", su pirueta ya no nos hace sonreír y al concluir que "Es difícil ser lúcido. Cualquier hombre razonable lo evita en la medida de lo posible. En ciertos países que yo conozco, donde una dosis de reflexión es indispensable, simple y sencillamente ya no se puede vivir", Ziffel previó perfectamente lo que iba a suceder después de la segunda guerra, pero no en los países que él pensaba.



A pesar de la desestalinización progresiva de los espíritus, de la desintoxicación ideológica, pocas veces la obra de Brecht ha abandonado la cartelería de los teatros franceses —y se entiende: el fondo libertario del bávaro es tan impresionante, su pensamiento tan ágil, corrosivo y preciso, que los espectadores se ven obligados a poner en su lugar, es decir, en la segunda fila, su militancia, sus especulaciones sobre la distanciamiento y el famoso "efecto V". Inversamente, la obra de Camus ha visitado con frecuencia el purgatorio. No en las escuelas ni en las casas de

la mayoría de los lectores, sino en el seno de la intelligentsia. El autor de *El extranjero* (y no hay que olvidarlo, de *El verano*), fue eclipsado por Sartre, el espíritu de sistema. Pero la dialéctica hace boomerang: el francés de Argelia vuelve con más fuerza. Enhorabuena: *El hombre rebelde* es más puro, por lo tanto, menos sólido en lo inmediato, que el robot revolucionario, pero siempre sacudirá las conciencias. Si la obra de Camus vuelve a tener un éxito rotundo, es porque señala los verdaderos problemas, sin trampas ni telescopios ideológicos. Una obra de teatro y dos

relatos suyos, adaptados para la escena, se presentan actualmente en los teatros parisinos: *La caída* desde el absurdo del pecado original, *El malentendido* permanente de nuestras vidas, *La peste* de la injusticia generalizada (ahora en términos de genética) y su encarnación más abyecta: la guerra, ya sea en el campo "del horror" (como decía Brecht), o en las arenas movilizadas de la ideología. Más que de ningún otro momento de la historia, el *vae victis* de Tito Livio será la divisa de nuestro siglo.

Traducción de Conrado Tostado

## UN POETA DE VUELO POPULAR

GUILLERMO CABRERA INFANTE

**POR QUÉ NERUDA** llamó en sus memorias a Nicolás Guillén por el mote de "Guillén el malo"? No era tanto una evaluación de Jorge Guillén como una devaluación de Nicolás Guillén. Neruda y Guillén militaban en el mismo partido comunista, ambos eran stalinistas de adopción y los dos disfrutaban los mismos privilegios que Louis Aragon, que de surrealista pasó a ser stalinista (no hay un solo poeta converso de los años treinta que no haya cantado a Stalin), para viajar por París en un costoso Mercedes con chofer, como lo vi en la rue Bonaparte en el otoño de mi descontento de 1965, coleccionando viejas cartas postales y juveniles para el doble horror de André Breton que sólo murmuraba, "*C'est degolasse!*" Ni Nicolás ni Neruda eran pederastas ni coleccionistas (aunque Neruda tenía una colección de caracoles) pero eran rivales. Cada uno aspiraba a ser el Gran Poeta de América y, hoy lo sabemos, ninguno lo fue. Pero Neruda derrotó a Nicolás en la carrera sucia a Suecia: fue Neruda quien ganó el premio Nobel. Nicolás, hay que decirlo, nunca llegó a ser el gran poeta a que aspiraba. Pero cuando comenzó, equipado como pocos, parecía que iba a llegar lejos.

Los años treinta, dura década en Cuba, empezaron con los mejores auspicios para Guillén. En 1930 publicó sus *Motivos de son* basados en el son: canción y ritmo y poesía popular estaban ya en sus primeros poemas. En ese año conoció a Lorca, que llegó a ser más que una influencia un maestro del arte de la poesía popular presentada como canción culta. Poco después Guillén cesó de ser censor para el dictador Machado y escribió sus mejores poemas. Viajó a España en los comienzos de la guerra civil y el asesinato de Lorca se convirtió en una de sus obsesiones. Para exorcizarlas se afilió al partido comunista de Cuba, donde lo elevaron a la categoría de gran maestro. Un chusco declaró

entonces que el son se había hecho sonsonete.

Pero si se lee un poema de Guillén después de su conversión se ve cómo su arte se vuelve artesanía y su poesía deviene propaganda de partido. A veces suena como un alquilon de diez la línea, como con su poema a Stalin (escrito durante las grandes purgas), en el que llega a emplear la santería (de la que no sabía nada) y a invocar los dioses afrocurbanos como si fueran deidades dudosas:

¡Stalin, que te proteja Changó  
y te cuide Yemayá!

Lo curioso es que Nicolás Guillén no era stalinista. Nunca fue un *bon mourant* sino un *bon vivant* y un artista inseguro al que el comunismo le ofrecía un nicho en la noche. Lo conocí cuando tenía 12 años. Es decir yo tenía 12 y Nicolás 40. Ocurrió en el periódico *Hoy* donde mi padre era periodista y Guillén el poeta en residencia. La redacción de *Hoy* era entonces una suerte de academia, donde escritores como Lino Novás Calvo y Carlos Montenegro tenían escritorios junto al de Rolando Masferrer, veterano de la guerra civil española y luego uno de los periodistas más poderosos de Cuba, que dejó *Hoy* para ejercer lo que Borges llamó "sucesivas y encontradas lealtades" y murió en Miami volado por una bomba que pudo ser activada por la Mafia o por Fidel Castro. Quien llegue primero. Lino Novás y Montenegro dejaron el periódico y el partido, pero Guillén siguió fiel a esos diferentes aliados que van de Batista a Castro como quien compone un suave soneto. La revolución lo hizo poeta laureado y fue feliz por un tiempo. En Madrid, en 1965, sentado en un café a ver pasar las españolas como un desfile de delicias, exclamó: "¡Este sí que es un país para aislarse!" No hay que recordar que en España gobernaba el mismo Franco

que mató a Lorca y mató a Hernández —y envió al exilio lo que Agustín Lara cantó como "la crema de la intelectualidad".

Después de *Hoy*, que ahora es ayer, coincidimos en muchas partes. Una de ellas fue en la Sociedad Nuestro Tiempo, una entidad cultural que se convirtió en una organización pantalla del partido comunista y dejó de ser un lugar cómodo y la dejó. Allí me dijo un día, "Ya le dije a tu padre que te parecías cada día más a Gorky". Guillén no podía saber que Gorky, el autor de *La madre*, era una de mis bestias pardas, pero siempre sospeché que Nicolás no había leído ni una línea del autor que inventó el realismo socialista. Guillén sólo se interesaba en la poesía y en su poesía.

A fines de 1960 *Lunes*, el suplemento literario del periódico *Revolución*, que yo dirigía, invitó a Pablo Neruda a Cuba. Inmediatamente Nicolás Guillén escribió un suelto en *Hoy* en que decía que no estaba mal invitar a Neruda pero había que invitar también a "otros poetas progresistas" (es decir comunistas) como Rafael Alberti, Nazim Hikmet y al poeta chino Kuo Mo —jo. La nota no declaraba que lo que Guillén quería era que no se invitara a Cuba a Neruda. Respondí con otra nota en *Lunes* en que dije que se invitara a esos poetas y otros más" y terminaba festivo el recuadro: "En cuanto a Kuo Mo —jo ¡cómo no!" Esta era una multilla sonora que Guillén usó mucho en sus poemas en versos como: "Si señor, ¡cómo no!" Ese lunes por la tarde estaba Carlos Rafael Rodríguez (entonces director del periódico *Hoy*) al teléfono diciéndome: "¡Pero por qué haces esas cosas, Guillermo! ¿Tú sabes lo sensible que es Nicolás. Se ha pasado una hora quejándose por teléfono por tu parodia". Guillén de veras era así.

Con Neruda en La Habana ocurrió un episodio que resultó cómico —aunque no fue nada cómodo para Neruda. Dio recitales con su voz plañidera y se reunió con todo el

equipo de *Lunes* y todavía con su voz pañidera respondió a una pregunta sobre la revolución y el arte con un "También hay que cantarle a la luna", que fue una declaración valiente frente a los realistas socialistas ya rampantes. Pero un mediodía cuando se había planeado extender su estancia triunfal en una jira y tal vez ir a Santiago con la morena cabeza de Matilde, lo traje de vuelta al hotel Riviera, donde se hospedaba, de un viaje a La Habana Vieja, y al bajarse miró al Malecón y me preguntó: "¿Qué cosa es eso?" Era una barricada y le dije: "Es una barricada". "Pero, ¿por qué están los cañones todos apuntando hacia el mar?" "Es que se espera una invasión". "¿Por aquí?" "Por todas partes". Neruda, que tenía una cara impasible que iba muy bien con su voz monótona, no pudo impedir palidecer hasta los dientes. No dijo más y subió a su habitación. Pero por la tarde pidió acortar su estadía cubana "ya que tenía pendiente asuntos urgentes en México". ¿Coincidencias? Tal vez. Pero Guillén, cuatro meses más tarde, escribió un poema desgarrado sobre la muerte de un miliciano, mientras Neruda, sano y salvo, compuso su *Canción de gesta*, exaltando a Fidel Castro en la Sierra, que es uno de sus peores poemas. De cierta manera Guillén "el malo" quedó vindicado.

En 1961 en la fiesta de clausura del Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba, del que Nicolás Guillén había sido electo presidente (yo era, cómico cargo, uno de los siete vicepresidentes que rodeaban a Nicolás como una versión cubana de Blancanieves), le presenté a una editora americana que exclamó en éxtasis: "¡Ah, el gran poeta negro!" Para ser atajada enseguida por Guillén: "Negro no, mulato". La señora americana quedó corregida.

Será hacer de la pasa (pelo de negro según el Diccionario de la Real) cabello pero la diferencia entre negros y mulatos la establecieron españoles y portugueses muy temprano en la historia de América, donde una esclava embarazada por un blanco (el sexo no distingue los colores) quedaba libre en el momento del parto. En el siglo XIX hubo muchos mulatos distinguidos en Cuba (y en Brasil: no hay más que nombrar a Machado de Assis), aunque el país estuviera gobernado por españoles y los cubanos blancos (los que se llamaban a sí mismos criollos: hijos de blancos) descansaban su ocio y su negocio sobre negros esclavos. En el siglo XX Nicolás Guillén era uno de los dos mulatos mejor conocidos en la isla. El otro mulato era Fulgencio Batista. Uno famoso, el otro infame.

Guillén vivió en París de 1952 a 1959, según dicen, porque Batista (curiosamente Nicolás se llamaba Guillén Batista) no le permitía regresar a Cuba. Pero durante esa época era muy popular en la radio y la televisión cubanas. Eliseo Grenet, autor de "Mamá Inés", le había puesto música a más de un poema suyo, Bola de Nieve cantaba canciones con letra

de Guillén y hasta un recitador popular, Luis Carbonell ("El acuarelista de la poesía antillana"), recitaba sus versos (y su anverso) en el teatro, la radio y la televisión. Nunca, al nivel de la calle, había sido Guillén más difundido.

De su época de París Guillén me contó una anécdota que Neruda, por ejemplo, nunca habría contado. Estaba Nicolás sentado en la terraza del Deux Magots cuando oyó una conversación (su francés era perfecto) que le atañía. Dos voces de mujer hablaban de él al parecer. Se volvió de perfil y vio a dos muchachas que le parecieron bellas, inteligentes, perfectas en una palabra. Detuvieron su conversación, discretas: no había duda ahora de qué hablaban. Siguieron hablando, comentando su abundante cabellera (de poeta), su perfil, su cabeza leonina. Guillén se levantó para establecer una cabeza de playa. Pero antes de terminar su además una frase de una de ellas enfrió su ardor: "¡Pero sí es un enamorado!" Guillén se permitía estas revelaciones pero nunca las habría permitido de venir de otra persona.

Cuando Guillén regresó a Cuba en 1959 (venía del extranjero mientras Fidel Castro bajaba de las alturas) no era tan popular como John Lennon cuando se declaró más popular que Cristo, pero sí era más popular que el Che Guevara. Pero, por supuesto, sólo un hombre es libre en Cuba y cuando nombraron a Guillén presidente de la recién creada Unión de Escritores pronto cayó ante la mirilla de Fidel Castro. Al visitar la universidad el Premier Estudiante, en uno de sus *impromptus* de líder universitario, se convirtió, gárrulo, en crítico de las artes y las letras. Alabó a Alejo Carpentier por su novela *El siglo de las luces*, demostrando de paso que no la había leído pues pocos libros hay más contrarrevolucionarios —aunque el blanco de Carpentier fuese la revolución francesa. Castro dijo que no había escritor más trabajador, más prestigioso. Cuando uno de los estudiantes le preguntó por Guillén, el Máximo Líder tronó: "Ese es un haragán! No escribe más que un poema al año. Es probablemente el poeta mejor pagado del mundo y nos sale caro". Luego elogió a un poetaastro que se hacía llamar el Indio Naborí que escribía un poema cada día para el *Granma*, la gaceta oficial. Naborí no era poeta ni indio pero a Castro le gustaban sus rimas de hoz y martillo. Naborí casi fue nombrado poeta oficial: el indio laureado por decreto.

De pronto, como en un linchamiento poético, se organizó una turba política. Algunos estudiantes pintaron pancartas y dirigidos por Rebellón, antiguo líder estudiantil y ahora bufón oficial con título (solía sentarse a los pies de Castro), organizaron un orfeón famoso, cantando a la manera de Guillén:

¡Nicolás, tú no trabajas ma!  
¡Nicolás, no eres poeta ni na!

La manifestación bajó por la colina univer-

sitaria a la calle en que vivía Guillén (no lejos pero sí alto: en un piso 17) cantando y gritando. Se podía creer que era una broma estudiantil, pero la presencia de Rebellón le daba al motín carácter castrista. Guillén, por supuesto, lo tomó todo a pecho. Era el castigo sin crimen. Guillén era un poeta no un rimador de poemas por metro.

En junio de 1965 regresé a La Habana de mi puesto diplomático en Bruselas a los funerales de mi madre. Días después del entierro fui a la Unión de Escritores a saludar a Guillén. Habíamos estado juntos en París apenas un mes atrás, además siempre me cayó bien Guillén: era muy cubano, muy humano, aunque a él le molestaban mis rimas contiguas. La Unión de Escritores estaba en una casona colonial, casi un castillo, dejado detrás por un magnate en fuga que ni siquiera se molestó en cerrar la puerta. Guillén estaba en su oficina hablando con una rubia espléndida: a Nicolás siempre le gustaron las rubias. Enseguida se excusó por no haber estado en el entierro conmigo pero, coincidencia fatal, su madre había muerto también en Camagüey (su ciudad natal) y tuvo que ir allá al instante. Guillén amaba a su madre tanto como yo a la mía.

Luego en un susurro que pensé que formaba parte del *pésame* me pidió que lo acompañara al patio. Allí, debajo de un enorme árbol del mango, me preguntó, todavía en un susurro, si sabía lo ocurrido. Otro susurro como un suspiro: en Cuba hasta las rubias tienen oído (y odio) y quien sabe si crecen micrófonos en los árboles. Le dije, apenado, que no sabía nada. Nicolás estaba al borde de las lágrimas cuando me contó lo que ya les he contado.

"¡El hijo de puta mandó una turba contra mí, a mi casa!"

No dijo quién era el hijo de puta pero se sobreentendía: de seguro que no era Rebellón.

"¡Le gritaron a mi mujer, tan nerviosa, que yo era un haragán que no trabaja ya. Todo esto dicho a Rosa porque yo no estaba. ¡Ese hijo de puta que no ha trabajado un día en su vida, hijo de papá y luego matón profesional, se atrevió a llamarme vago! ¿Sabes una cosa? Un día te va a enviar esa turba a tu casa y te van a linchar porque eres más joven que yo. ¿Quieres que te diga otra cosa? Es peor que Stalin, te lo digo yo. Porque Stalin se murió hace años pero este gangster nos va a sobrevivir. A ti y a mí."

El viejo poeta tenía razón —parcialmente. Guillén murió la semana pasada y Fidel Castro lo enterró con honores.

Pero Guillén, aún bajo el frondoso mango, furioso pero muerto de miedo, era un poeta. Capaz de fundir los metros medievales con un asunto moderno y coloquial, sabía de poesía clásica española como nadie en América, excepto tal vez Rubén Darío, el indio que tenía el verso blanco. Pero al revés de los poetas negros del Caribe, Guillén nunca llegó

a donde debía haber llegado, aunque fue en su día mejor poeta que Derek Walcott de Santa Lucía y Aimé Césaire de la Martinica. Como Louis Aragón, Guillén se hizo comunista cuando estaba en la cumbre. Después de eso, después de *Motivos de son*, *Sóngoro cosongo* y *El son entero* todo fue descenso. Aunque fue famoso en el mundo de habla española y aun en París y Nueva York y nominado dos veces para el premio Nobel, después de tantos honores en la cima, se vino abajo. Lo trágico es que Guillén, al final de su larga vida, lo sabía.

Obsesionado por la posteridad y la dama del camino en su poema:

Iba yo por un camino  
cuando con la muerte di.

Su libro de cabecera era un horror llamado

*La enciclopedia de la muerte*. Me leyó, en fecha tan temprana como 1962, un pasaje que trataba sobre lo que pasa después de la muerte del cuerpo, con gusanos y todo y no todos contrarrevolucionarios. "Lee", me aconsejaba, "lo que dice ahí del rigor mortis y el inicio de la putrefacción". No era el poeta Pope sino Poe. "Pero", resumía pensando tal vez en M. Valdemar, "al revés del hombre, la poesía nunca se corrompe". Las palabras son suyas, la ambigüedad mía.

Nicolás Guillén ha tenido ahora funerales marxistas (o marciales), llevando en hombros cuatro soldados de luto el cadáver del poeta que escribió:

No sé por que piensas tú,  
soldado que te odio yo.

Sus despojos fueron expuestos en el Pan-

teón de los Héroes y Mártires de la Patria, como caben a las honras fúnebres al Poeta Nacional. Además se declararon dos días de luto oficial. Pero estoy seguro de que el día que Fidel Castro lo llamó vago y haragán (en público) todavía escuce su memoria. Nicolás Guillén era lo que Faulkner llamó en *Intruso en el polvo*, a propósito de su protagonista Lucas Beauchamp, "un negro orgulloso". Aunque Nicolás me enmendará la plana desde el más allá y dirá con su voz grave: "Orgulloso sí pero no negro. Todavía soy mulato".

Algún día habrá que preguntarse por qué los poetas americanos de este siglo como Eliot y Pound y hasta un irlandés como Yeats fueron fascistas, mientras que los poetas hispanoamericanos como Neruda, Vallejo y Guillén y alguno que otro español contemporáneo escogieron ser stalinistas. Es decir, igualmente totalitarios.

## ROJO RUPESTRE

### APROXIMACIONES A LOS DIBUJOS DE RÀFOLS - CASAMADA

SEVERO SARDUY

Para Andrés Sánchez - Robayna

#### ESPEJEJO GRIS

I. Primera tentación: adoptar, para hablar de estos dibujos, un lenguaje reducido a lo mínimo, sistemáticamente empobrecido, voluntariamente escueto, como una casa de pescadores. Palabras, pocas, fascinadas por el espejo gris de su propia neutralidad, por una opacidad que precede o que sucede el brillo, como el blanco y el negro de la página y del lápiz preceden o suceden al color.

Pocos adjetivos, nada frondoso, ni el menor indicio de exuberancia. Evitar, sobre todo, el lujo de la sinonimia, la infatuación de la perfrasis: que todo quede severamente denotado, consignado con algunos trazos, con algunos sustantivos que serían como la equivalencia del dibujo. La adjetivación barroca quedaría asimilada al atributo del color, a las texturas, a los relieves y las rugosidades, a todo lo que viene a calificar, con mayor o menor pertinencia, la sobriedad del nombre común, su carácter, por escueto, lapidario. Todo sería inmediato, aislado. Pocos nexos sintácticos. Las sombras y las luces, la rigurosa perspectiva, el encadenamiento de los valores y de los motivos son la sintaxis del dibujo; eliminarla pues de su comentario: los de Ràfols - Casamada prescinden testarudamente de ese "lujo".

El comentario, una vez adoptada esta ideología mimética, esta voluntad de doble, de

reflejo, tendría la sequedad ambigua de una enumeración, el despojo de un catálogo, de una lista: sobre una mesa — depositados, olvidados, voluntariamente abandonados como testigos de una visita inoportuna, de una falta o de una violencia? — aparecen lentes de aro redondo que datan, por su forma, el evento o el olvido. Todo ha ocurrido a principios de siglo, un ámbito art - nouveau sirve de marco a la agitada mesa. Volutas vegetales, cerámica barnizada, vasos de Gallé y de Tiffany, decoran este *obstruado interior catalán*. Más: el brillo borrado, la ventana cerrada al fulgor blanco de las cerámicas, al sol de los azulejos de Gaudi. Que nada perturbe la penumbra, que nada venga a fracturar la opacidad que rodea la mesa.

Además: un vaso — pero virado al revés, o en otra perspectiva, o reducido a la torpe función de cenicero, depósito de pinceles —, un cuaderno, un papel doblado, plegado como para ligar un cigarro...

El lenguaje traiciona. Habría que recibir estas realidades y describirlas en su pura denotación; aparición seca, sin atributos. Esto — los maestros del zen lo saben de sobras —, para el hombre, imposible.

#### II. EL DOBLE LÚDICO

¿Es posible renunciar a la técnica? ¿Podemos, mediante una decisión personal, deshacernos de una experiencia acumulada durante años — y si creemos en un saber genético, en una

destreza que nos precede —, durante siglos y milenios?

Para libramos instantáneamente de todo lo adquirido — la capacidad figurativa o la eficacia retórica — habría que agarrar el pincel enchumbado de pintura, sin saber cuál, y dejarlo correr al azar sobre la página, en lo oscuro y con la mano zurda. O bien lanzar el conete, como los pintores locos del antiguo Imperio chino, como los pintores del *bappening* y de la pintura de acción, contra la seda, y observar desde lejos el derrame de tinta negra.

Pero sería inútil. Porque el ojo ejercitado o pervertido del hombre siempre podrá reconstituir una figura, un torpe cuadrado con el centro vacío, como una fórmula para salir a la luz; los vestigios verdes de un paisaje devastado, apesados en un prisma, bordeados por vacilantes letras; los instrumentos mismos de la pintura, como el testamento de un suicida ya incapaz de otra delegación, en esa franja última que va de la lucidez destructora al apagón irreversible, letal.

Si toda renuncia a la técnica resulta ingenua, recuperable, siempre presta a proporcionar un pretexto al inevitable trabajo de la retina, entonces, la única subversión posible es la parodia. La práctica del saber, pero tangencial, obtusa.

Utilizar lo aprendido, pero a contramano, en diagonal, con sorna.

La caja de pasteles así figurada, ya no será ni la reconstitución respetuosa, fiel al modelo, ni su impugnación irrisoria, su caricatura

o su corrosión; sino otra cosa que a la vez la integra y la sobrepasa: su pre - texto, su índice inexacto.

*La renya roja*, ventana abierta al paisaje de verano, al sopor de la siesta, ya no es ni una alabanza ni una paciente desconstrucción de la naturaleza, sino su *doble túdico*.

Olvidada, o más bien puesta entre paréntesis, *marginada*, como una anotación o una glosa en un texto, la técnica, ¿qué pinta, quién pinta? Se podría responder, también a la tangente de la lógica: *la mano*, el deseo de la mano que a la vez genera y borra los trazos, como para mostrar sólo la *pulsión de figurar*, y luego, o simultáneamente, su rechazo, su olvido; el deseo de cuerpo y el vértigo de lo vacío; la necesidad de nombre y la voluptuosidad del anonimato.

### III. PICTOGRAMAS NOCTURNOS

Laceraciones, graffiti, garabatos: pictogramas nocturnos que el soporte recibe y a los cuales responde. Este diálogo de apresurados grafismos, esta susurrada conversación o este furioso duelo son el substrato mismo de la pintura: la *estereofonía*, hecha de suaves contactos del pincel y la tela, de roces de lápiz, de sutiles pulverizaciones moradas o naranjas, de la grumosisidad o el grano de un pastel... y de su respuesta en el silencio, o en el hilo impregnado, desgarrado a veces, de la tela.

De allí, quizás, la diversidad de incisiones en los dibujos: para suscitar una música. A veces son "ataques" fuertes, desasosegados, como hechos al regreso de una noche estrida de contrariedades, desacompañada y violenta; otras, son como chapucerías de un escolar distraído, subversiones imperdonables, próximas a la demencia, o al vandalismo; a veces, al contrario, es sobre una luz azul, mediterránea y serena, de mañana de agosto, o de jardín descuidado junto al mar, donde los trazos, como ya reposados, reconciliados, de regreso de toda posible contradicción, vienen a posarse *dóciles, afectuosos pájaros*.

Más, si el "ataque" de los trazos varía constantemente, en aras de la secreta conversación que, día por día, instauran el pintor y la página, en función puramente musical, algo en ellos es constante, uniforme —a esa permanencia de los trazos, reconocible e inimitable, podemos llamar "estilo"—: ni la forma, por supuesto, directamente derivada del modo de "ataque", ni la estructura interna, ni la disposición en la página, ni la rareza o abundancia. No, más bien la distinta intensidad de energía, el *diferencial táctil* que los anima en su comienzo, en el peligro constante de su trayecto —a veces

vacilante, huyente, presto a abandonar el recorrido, a borrarse, a recomenzar de otro modo— y en su fin.

Comienzan, quizás, con una intención precisa, con una finalidad gráfica o un *telos*: la curva, más o menos irregular y abierta, diestra

o abandonada, orbital, como un gesto de globalidad o de euforia que inauguráramos con la mano derecha, en medio del énfasis discursivo, o étlico.

O las ortogonales; pero estas ya más alusivas: como quien traza en un mantel de fonda las indicaciones de un trayecto urbano, que inmediatamente corrige, o rectifica para trazar otro que resulta ser el mismo y que termina confesando que desconoce.

*Aros gestuales o torpes mapas*, algo, inevitablemente, en su recorrido —como suturas en las líneas de una mano; quemaduras o vacilaciones en la tinta azulosa y mórbida de un tatuaje apresurado— viene a quebrarlos, a interrumpirlos con insolencia, casi con rabia: algo viene a *afectarlos* de un borrón o de una inadmisiblemente tachadura.

Como si. Como si hubiera que fracturar, que desmentir o que poner en tela de juicio —o de parodia— una *curva icónica*, tradicional o fundadora: la curva del art - nouveau catalán, la voluptuosidad delirante y el blasón místico de Gaudí. O las rectas que se cruzan imperturbables, encadenadas conceptualmente, aceitadas casi, como los presupuestos bruñidos de un silogismo: las pulcras ortogonales de Torres - García, de Mondrian y de los minimalistas americanos\*.

Pictogramas nocturnos que imanta la irreverencia, la contradicción, formas sutiles del acatamiento y la cita.

Lo que interrumpe el ímpetu inicial del "ataque" y viene como a desalentarlo, a quitarle confianza o a "aguarle la fiesta" es el balance y la negación del pasado, la necesidad de apartarse de lo trillado, del canónico arte catalán y su cegante brillo de azulejos.

*Borrón y cuenta nueva*, parecen decirnos los dibujos de Ráfols - Casamada. Como quien llega ante un paisaje mediterráneo poblado de referencias helenizantes, depurado y plástico, traza ante él algunos garabatos. Y le da la espalda.

### IV. ROJO RUPESTRE

El color no aparece con frecuencia en estos dibujos, y cuando lo hace, nunca es en *función adjetival*, atributo de ese sustantivo que sería la forma.

O bien sirve de fondo a los trazos, pero un *fondo burraño*, refractario al dibujo, que no invita al pincel ni se confunde con la superficie, sino que al contrario, parece crisparse a cada contacto, a cada inscripción, como si quisiera permanecer ajeno a toda marca que señalara la presencia de un sujeto, del pintor.

O bien está distribuido por pequeños toques, que no corresponden con lo que parece haberseles asignado, que caen como

\* *La relación de Ráfols - Casamada con sus contemporáneos o sus antecesores está magníficamente analizada por Victoria Comballa Dexsus, e Ráfols - Casamada, Ediciones Polígrafa, S.A., Barcelona, 1988.*

"al lado", más acá o más allá del motivo, inoportunos, casi al revés.

Importa más que el propio color, el universo a que sirve de referencia apagada, casi de reverso, a veces de índice: esos tonos difíciles de clasificar, de nombrar, que no se familiarizan ni inscriben en los grandes grupos cromáticos y son como elementos derivados o halógenos, si no "monstruosos", considerados a partir de ellos, son como vestigios, o (falsas) ruinas que remiten siempre a un mundo arcaico, grotesco, hundido en *la saber de la mano*, un ámbito rupestre donde las paredes han sido embadurnadas de sangre animal, de rugosos coágulos y luego laceradas con piedras afiladas, con garras, para que quede inscrito un signo benéfico a la caza, un pacto sellado, o un conjuro.

O bien, con signos aplicados aunque rudimentarios, se ha dejado *constancia*, del modo más impersonal, más distanciado y más seco, de los utensilios cotidianos, sin otra indicación de sus usos que la proximidad de sus contornos inhábiles y discontinuos: un recipiente quizás de barro, irregular, provisto de asa, y superpuesto a él un sílex circular, como el presagio de una moneda; un cuchillo y una hacha bordean la vasija armando así como un *emblema brutal*, un "modo de empleo" cavernícola o un jeroglífico.

Aparecen otras figuras, pero mal representadas, o demasiado complejas para la perspicacia del grabador, o vistas como en un sueño, o indescifrables.

El color aparece igualmente como perturbación o añadido de un jeroglífico, esta vez francamente urbano: una mano, con el índice extendido, nos señala la urgencia de una resolución o de una cita. Aparece, garabateado con premura, un reloj, que señala puntualmente, como si fuera la hora decisiva, las tres de la tarde; también un sombrero —se trata de salir, o de enmascararse para perpetrar un crimen.

### V. RELATO

Última tentación: imaginar un relato descosido, fragmentado y asimétrico, sin ninguna relación aparente con los dibujos, pero donde aparezca, de modo solapado, su mismo universo, su intensidad y su rabia inoquiasta.

Un mundo de violencias minuciosas, rasgadas, estigmas, auspicios para la guerra o la caza, la conjuración o el exorcismo. Colectores, nómadas, guerreros: adictos a las marcas, a los trazos mnemotécnicos: *pintores*.

O al contrario: se trata de un contexto urbano, refinado al extremo, sofisticado incluso. *El pintor rival*, minimalista empedernido, va a exponer sus formatos heroicos, todos en blanco, a las tres de la tarde —de allí el precio reloj—. Coctel mundano, por supuesto; frac obligatorio —de allí el acicalado bombín.

A las doce, ya se han instalado las telas. A la una, comienzan a llegar los primeros periodistas, que el director de la galería invita

a comer, el minimalista nervioso y algunas damas emperifolladas, que entre *suspiros bard-edge* deploran la muerte del arte.

A las dos, parte el séquito al restaurante aledaño.

A las dos y media en punto, con las manos cuidadosamente enguantadas —como indica la silueta señaladora—, fracturando la puerta del fondo, el vándalo penetra en la galería.

A las dos y treinta y uno se ha apoderado de unos plumones que quedaban sobre una mesa. A las dos y treinta y dos ya ha comenzado su trabajo de "recuperación", a las dos y treinta y tres da por terminada su propia exposición, su homenaje a la Pintura: bolas,

palotes, garabatos, esbozos de barcos, letro-nas y tachaduras cubren ahora las telas im-polutas.

A las dos y cuarenta los primeros curiosos se agolpan ante la puerta; regresan el director, el minimalista y los invitados, discretamente envalentonados por una sangría asesina.

Abren de par en par la muerte. Lo que contemplan los deja sin habla, inmóviles, consternados. No se atreven a entrar; una de las damas se quita un sombrero de plumas, se echa fresco con él, cae desmayada.

¿Se descubrirá el autor de la fechoría? ¿Qué explicación dar al público, a la prensa siempre

sedienta de chismorreos, de anécdotas?

El pintor vejado, trata de recuperarse. Se toma un coñac en busca de la idea salvadora. Cree tenerla: dirá que durante el agasajo gastronómico alguien instaló sus verdaderos cuadros, que todo era una sorpresa tramada para teatralizar al máximo la novedad de su nuevo estilo: ¿pero, será creíble?

El director trata de borrar las máculas con un algodón empapado en alcohol, pero es peor: no hace sino extenderlas.

¿Qué sucederá? ¿Quién pagará por este crimen?

Lo diré en el próximo relato.



## LITORAL

JAIME GARCÍA TERRÉS

## REGRESO

Al regresar de Europa encuentro tantas sorpresas, que será mejor dar tiempo a la digestión y hablar por ahora de otros asuntos. Por ejemplo, de la Biblioteca Trivulziana, que alberga en Milán, con éxito singular, la primera exposición internacional de las pinturas de Abel Quezada.

## BIBLIOTECA

Situada en el viejo castillo de los Sforza, la Trivulziana no figura, ni siquiera mencionada de paso, en nuestra *Historia de las bibliotecas*, confeccionada por Hipólito Escobar para la Biblioteca del Libro (Madrid, 1987), que nos sirve de acostumbrado manual de referencia, y en donde sólo se nombra, como institución milanesa, a la célebre Ambrosiana. Pero en los medios conocedores de Europa se la tiene, con entera justicia, en gran estima. Es una biblioteca pequeña, con un acervo de no más de doscientos mil volúmenes. Sin embargo, hay entre ellos maravillas incomparables: 1500 manuscritos preciosos (el más antiguo data del siglo VII), 130 con miniaturas (algunos autógrafos); 2000 incunables, uno de los más tempranos códices de *La Divina Comedia*, uno de los cuadernos de apuntes de Leonardo de Vinci, el manuscrito de *La Grammatica*, de Pietro Donato, con ilustraciones a mano y a colores de Ambrogio de Predis y otros: volúmenes anotados a mano por Petrarca... Paremos de contar. Y todo ello, mucho de lo cual me fue mostrado como un raro privilegio, en perfecto estado, conservado con amor y pericia, en adecuadas condiciones de temperatura y aislamiento.

## INTERIOR Y EXTERIOR

Al mismo tiempo que en el interior se exhibían las pinturas de Abel Quezada, en los patios del soberbio castillo sforzesco se engolosinaba uno, pese al frío invernal, con las esculturas de Henry Moore, bien armonizadas con los cañones cercanos y con los severos muros pétreos. Y además se anunciaba una exposición de trajes y máscaras del antiguo teatro Noh. No es mal conjunto, ¿verdad?

## PBS

Pensándolo bien, entre las sorpresas halladas en México al retorno inevitable, hay una que oíra cuyo comentario no admite demora. Ejemplo: la inopinada supresión, en los programas de Cablevisión, por cuyo disfrute pagamos miles de suscriptores, del canal correspondiente a las Public Broadcasting Stations estadounidenses, canal conocido, por brevedad, como PBS. Esa cancelación me parece un abuso, y un alarde de injustificable arbitrariedad. Gracias al PBS hemos apreciado en México una multitud de atinados programas musicales, teatrales, literarios, políticos, periodísticos. ¿Con qué derecho se sacrifica la voluntad del público selecto (como es necesariamente el que paga a CV), en aras de no sé qué intereses? Es hora de protestar en serio y con firmeza.

## OPORTUNIDAD

Lo malo de estos comentarios "oportunos" es que se vuelven a menudo inoportunos por la inevitable anticipación con que han de entregarse a la redacción de *Vuelta*. Y conste

que no es queja: en todas las revistas sucede algo parecido, y hay que tener cuidado con las columnas periódicas. Lo que hoy es noticia estimulante puede muy bien haber perdido interés, o pueden haber cambiado de rumbo los hechos y sus consecuencias, en el momento en que se publica la crítica, la protesta, el elogio. En fin, *c'est la vie journalistique!*

## GIBBON

En cambio, si hubiere necesidad de confirmar la vigencia actual de Edward Gibbon y su legado historiográfico, bastaría el sencillo registro de tres monografías recién aparecidas. La primera, de Patricia B. Craddock se titula *Edward Gibbon, luminoso historiador*; y la edita la Universidad de John Hopkins. La segunda, de David Wormesley, lleva el sello de Cambridge, y, más especializada, reconstruye la "transformación" de *Declive y caída del Imperio Romano*. La tercera, de Roy Porter, menos extensa que las anteriores, simplemente titulada *Gibbon*, aborda un aspecto insólito del trabajo del historiador: la relación con sus lectores. Concluye el doctor Porter: "No es el menor de los elementos del oficio de Gibbon la inclusión del lector en el teatro [de su] mundo."

## SOCIALES Y PERSONALES

Rafael Vargas no sólo desempeñó un buen papel como difusor de la cultura mexicana desde nuestra embajada en Lima. También publicó en esa ciudad ensayos y poemas personales. Bien cuidada, aunque mínima, nos llega desde ahí la edición de sus *Siete poemas*.

## SONRISA EXPERIMENTAL

La imaginación sonriente y experimental empieza a reconocerse un poco dondequiera. Por una parte, La Pléiade ha iniciado la publicación de la Obra Completa de Raymond Queneau. Comenta en Londres el T.L.S.: "Detrás del humor irrestricto y la invención lingüística (a veces burlesca) de un poeta que se las arregló para despertar a la poesía francesa de su adormecimiento, están las dudas y la búsqueda de sabiduría de un hombre agudamente consciente de andar rozando los bordes del vacío. Su obra, en consecuencia, se mueve en direcciones opuestas: desde el descubrimiento de un mundo en el que la realidad, o el verdadero sentido, no existe, para llegar a refugiarse en el lenguaje y el juego, sin evadir el omnipresente deseo de hallar algo más allá."

## PEREC

Por otra parte, siete años después de muerto, se edita, se reedita, se traduce y se estudia a Georges Perec, *La Quinzaine* da cuenta de su novela *58 días* (se dice que fue *Ése* el número de días que le tomó a Stendhal escribir *La cartuja de Parma*), su *Entrevista* con Gabriel Simonny, y su cuaderno titulado *L'infra-ordinaire*; mientras la crítica inglesa sostiene que cuanto Perec escribió, terminado o inconcluso, debería publicarse, puesto que se trata de un autor, el único en la historia, "de quien aun las listas de lavandería, si se consiguen, resultarán obras de *infra-ordinario* arte."

## LA MONJA ALFÉREZ

Héctor Pérez Rincón, psiquiatra que se interesa por la investigación histórico-literaria, me regala su hermosa edición facsímil (de la edición parisiense, "chez Bosange Pére, libraire, 1830") de *Histoire d'une femme autre: Vie de doña Catalina de Erauso, la nonne enseignante* [Historia de una mujer otra: Vida de doña Catalina de Erauso, la monja alférez]. Así comienza su presentación del texto el doctor Pérez Rincón: "Personaje que habita aún la imaginación popular de los países hispanoparlantes, la 'Monja Alférez' no ha tenido la fortuna que si han conocido en numerosas lenguas algunos de los extraños seres producidos por España. Al contrario de Don Juan, de quien ella es por varios motivos el reverso, Doña Catalina de Erauso ha pasado injustamente inadvertida. Su historia, publicada en París en 1830, no dejó al parecer la menor huella. A nadie, de entre los movimientos feministas o entre cuantos preconizan la liberación sexual, le ha venido a la mente el recordar su vida como un ejemplo de intransigente libertad contra las estrecheces impuestas a su sexo..." Así el texto como su presentación aparecen en francés. Esperemos que alguna editorial hispanófila

se interese en la versión integral a nuestra lengua —y propicie en consecuencia su acceso entre nosotros— de este librito que en sus escasas 185 páginas encierra una información que juzgo a la vez importante y entretenida.

## DON LIBRADO

Después de una larga ausencia, don Librado Valencia (lo recordarán los más viejos y fieles lectores de Litoral) nos dedica una tarjeta postal para desearnos feliz año, incluyendo un solo retobo implacable, que explica su prolongado silencio: "Ya no me interesa terciar en un discurso nacional donde ya no hay conflictos ideológicos. Asistimos en efecto al fin de las ideologías. Lo único que hoy prevalece en nuestro ambiente es la pura grilla".

## CELAN

Uno de los poetas para mí característicos de la época moderna es Paul Celan, algunos de cuyos conjuntos poemáticos han sido recogidos en español por la editorial madrileña Hiperión. Me agrada por ello encontrar en *The New York Review of Books* un buen artículo de J. M. Cameron sobre esta, personal e históricamente trágica y literariamente esencial y simbólica, figura de las letras contemporáneas. Tras de encuadrarlo en la tradición poética occidental, desde los griegos y los medievales hasta el presente, pasando por Byron, Wordsworth, Rimbaud, Mallarmé y aun Heidegger, y después de aludir a los campos de concentración que diezmaron a los judíos y marcaron para siempre al poeta, Cameron postula, no sin acuerdo con George Steiner, que "muy poca de la poesía de Celan puede catalogarse como auto-referente o herméutica. Muchos de los poemas son oscuros, a veces agudamente. Pero por más oblicuos que sean los procedimientos expresivos de Celan..., la oscuridad puede siempre, en principio, disiparse con algún comentario. Los poemas son 'mensajes', como el poeta mismo insiste, a la manera de mensajes en botellas lanzadas al océano... Cada mensaje, cuando se extrae de una de las botellas [de las que no se extraviaron en el mar] no resulta ser el pulido aforismo de un mandarín, sino un pronunciamiento délfico, portentoso, burlón, misterioso, bello... Los poemas son, pues, mensajes, pero no dirigidos a un público predeterminado; y aunque constituyen una forma de discurso que no entrega fácilmente su sentido..."

## FUGA

Y a propósito de uno de los poemas centrales de Celan, *Todesfuge* [Fuga de muerte], ya van siendo numerosos los españoles de valía literaria desaparecidos últimamente. Después de Carlos Barral, Dámaso Alonso y Jaime Gil de Biedma. A don Dámaso, gongorista excepcional, me lo presentó en México Alfonso

Reyes, y tuvo la amabilidad de conceder uno de sus mejores poemas, "Ese muerto", para la Revista de la Universidad de México, que dirigía yo por entonces. A Gil de Biedma no lo vi jamás en persona, pero la común amistad con Gustavo Durán nos puso en contacto, durante una temporada, por correspondencia. Además publicamos juntos nuestros respectivos materiales en un ya lejano número que dedicó a las letras españolas y mexicanas aquella famosa revista que se llamó *Botteghe Oscure*, que dirigía y financiaba en Italia la condesa Gaetani.

## KUNDERA

¿Y qué es de Milán Kundera?, pregunté en París a un amigo que lo conocía. El amigo no entendió la pregunta, o al menos me contestó distraído: "No, no es de Milán. Es de Checoslovaquia". Pero una tercera persona que escuchaba la conversación intervino para decir que Kundera andaba volando bajo. Que su obra más reciente (confieso no acordarme si se trataba de una novela o una pieza teatral o una película) había sido un rotundo fracaso; y que en Praga se había visto mal su silencio o falta de participación durante los últimos sucesos liberadores. Paso al costo la información, que no deja de ser ingrata.

## AUMENTO

Di con el anuncio de una "nueva edición, corregida y aumentada", de la biografía de Proust por George Painter, y por supuesto la encargué a los Estados Unidos. Y al recibirla comprobé que la corrección singular consiste en haber acomodado en un solo tomo lo que antes ocupaba dos. Y que el aumento se reduce, por lo visto (aparte una bibliografía más o menos puesta al día) a un prólogo de dos páginas en el que Painter sostiene que las recientes indagaciones proustianas, o proustiológicas, confirman, y en nada modifican, su primera edición, por lo que el texto original se mantiene virtualmente intocado. En suma, el único aumento o cambio apreciable está en el precio del libro. ¡Anden ustedes creyendo en el bla, bla, bla de la publicidad bibliográfica! Eso sí, la obra de Painter sigue siendo definitiva.

## ANTOLOGÍA

No lo habríamos adivinado. Pero los versos de Bonifaz suenan muy bien en alemán. Si lo dudan consulten *Lyrik aus Lateinamerika*, antología de poesía latinoamericana vertida al alemán, cuyo envío por fin nos ha llegado a la Biblioteca de la Ciudadela, gracias a la gentileza de Adolfo Hegewisch, que accedió a mandárnosla de Alemania. Claro que también se encuentran antologías Borges, Neruda, Octavio Paz, Drummond de Andrade, Lezama Lima y otros ochenta poetas. El más joven: Juan Gustavo Cobo Borda, nacido en 1948.

## CARTA DE COPILCO

## YO, QUE ME IMAGINABA EL PARAÍSO

GUILLERMO SHERIDAN

**9.30** A.M. LLEGO A la Biblioteca Nacional en la Universidad. Entro al estacionamiento. Un guardián me regaña: este es el estacionamiento de los funcionarios. Debí imaginarlo: está vacío. La modernidad del edificio oculta la prehistoria de sus métodos. *Introibo ad altare...* Me aborda una dama: insiste en venderme una secadora de pelo. Le señalo mi calva. Me ofrece un descuento.

9.40 a.m. Tercer piso de la hemeroteca. No hay nadie. Mientras espero, recuerdo que el primer empleo que tuve en la vida fue en la biblioteca de mi escuela primaria. Mi trabajo consistía en atender a nuestro único cliente, un niño pálido, tímido y atildado, al que conocíamos como "La Verdolaga" y que una vez al mes venía a refrendar, por treinta días más, una biblia ilustrada por Durrero.

9.48 a.m. Aparece una señorita con cara de cistitis. Le entrego mi papeleta. Necesito *El Imparcial* de la última semana de marzo de 1913 para saber qué escribió José Juan Tablada sobre Pascual Orozco que le valió conseguir trabajo con Victoriano Huerta. Si consigo este dato termino una investigación de ocho meses: mi edición del *Diario* del autor de *Un día...*

10.05 a.m. Aparece Miss Cistitis. Arroja mi ficha al mostrador con aire profesional.

—Nostá.

—¿Nostá?

—Nostá.

—¿Ontá?

—Nostá.

—¿Ontará?

—Nostá.

No me ve a los ojos. Quizá para concentrarse mejor en sus argumentos. Luego, se pinta una uña de morado. (Del pie.) Decido ir a buscar a alguien que hable español. Entonces dice:

—Laerdás quesitá.

—¿Sistá? ¡Qué bueno!

—Pero no se presta.

—¿Por qué?

—Órdenes de la jefatura.

10.15 a.m. Bajo a la jefatura. Cruzo una sala en la que cincuenta preparatorianos y el periodista Granados Chapa leen periódicos. Llego a la jefatura. No hay nadie. Aparece una secretaria. Me informa que es nueva y no sabe nada, pero que no tarda en venir Roberto.

10.35 a.m. Aparece Roberto, recién bañado. Su teoría, con la que estoy de acuerdo, es que *El Imparcial* de marzo de 1913 no se presta. ¿Qué debo hacer para que sí se preste? Nada. No se pueden *contravenir* las órdenes del licenciado Zancudo.

—¿Y dónde está el licenciado Zancudo?

—Nostá.

—¿Ontará?

—Supuestamente ya debíadiaber llegado.

Decido hacer tiempo consultando un *Excelsior* de junio de 1922. Mis notas dicen que Tablada enfurece en esas fechas por un ataque que le hace un editorial de Alducín. No está por demás.

10.40 a.m. Lleno mi papeleta. Soy el vigesimosegundo en la fila. En el muro hay un retrato de Lizardi al que alguien le escribió con plumón la elocuente leyenda "Joto yo."

11.15 a.m. Me atiende un señor vestido de bermudas color de rosa y bigotes de morsa que fuma rodeado de mil toneladas inflamables de historia mexicana. Otros cuatro empleados no sólo fuman, sino que cuentan chistes de gallegos. Los de la fila los miramos con inútil rencor.

11.20 a.m. La morsa me entrega el periódico a cambio de mi credencial.

11.30 a.m. No encuentro el editorial, pero sí un cable de Tablada sobre cómo Adolfo de la Huerta negocia la deuda exterior con los banqueros neoyorquinos. Decido fotocopiarlo. Me acerco al mostrador que dice fotocopias. Un señor me indica que la ancianidad de la publicación impide fotocopiarla sin la autorización de Roberto.

11.32 a.m. La Secretaria Nueva me indica que no está Roberto, pero que ya llegó una secretaria que tiene más tiempo. La Secretaria Que Tiene Más Tiempo me dice que si no me prestaron *El Imparcial* es porque, seguramente, no se presta. Sólo el licenciado Zancudo puede contravenir sus propias órdenes. Pero fíjese que el licenciado Zancudo...

—Nostá —le digo.

—¿Ontará? —me dice.

—Supuestamente ya debíadiaber llegado —le digo.

12.05 p.m. El trámite para fotocopiar parece haber sido diseñado en un congreso de lobotomizados, así que he copiado a mano lo más importante. Luego, a la fila para regresar el volumen.

12.20 p.m. La Morsa busca mi credencial, en vano. La encuentra en el suelo y me la da, llena de ceniza. Regreso a la jefatura. La Secretaria Que Tiene Más Tiempo salió un minuto, pero está Roberto. Necesito una estrategia.

12.25 p.m. Llega la Secretaria. Me siento frente a ella y anuncio: "Esperaré". Ella hace un mohín de indiferencia. Me concentro en "La Verdolaga". Recuerdo que al terminar el año regresó la biblia. Que me di cuenta de que había una marca negra de suciedad que se destacaba en el lomo impoluto: que la abrí en la marca: era la página en la que se veían las abundantes razones por las que los viejos espían a Susana en el baño.

12.35 p.m. Fastidiada de tenerme enfrente, mirándola con actitud cansada, La Secretaria Que Tiene Más Tiempo me pide la papeleta.

12.40 p.m. Reaparece con *El Imparcial* de marzo de 1913. ¡Sistá, sistá!, me digo. Me lo dará si juro que no le diré al licenciado Zancudo que se contravinieron sus órdenes. Encuentro mi artículo. Quince minutos más tarde ya hice la síntesis y tomé los datos técnicos. No puedo creerlo: ¡sólo tres horas y diez minutos!

13.00 p.m. Rumbo al carro. La vendedora de secadoras de pelo asedia a un señor flaco que cierra un Nissan nuevito en la zona de funcionarios. La dama remolonea: "¡Órele licenciado Zancudo, barata!". Avanzo hacia él, comienzo a decirle que juré no decirle que se contravinieron sus órdenes. En eso se da la vuelta y me quedo helado: el licenciado es el vivo retrato de José Juan Tablada.

